DE UNA



ÁNGEL MARTÍN

PRIMERA PARTE:

FUE

FELICES VACACIONES

Mamá y Fernando El Hijo de Puta nos trajeron de vacaciones. A mí y a Ximena, la hijita de Fernando El Hijo de Puta.
Mamá nos tomó una foto juntos y dijo que parecíamos hermanitos. Pensé que lo había dicho en broma, porque no dejaba de sonreír. Pero en realidad, no me hizo gracia.
Creo que está viviendo lo más parecido a su sueño de tener una familia normal. Real. Por la sonrisa que le veo todos los días desde que llegamos, diría que sí.
Fernando El Hijo de Puta también debe estar igual de contento. Pero a mí no me gusta mirarlo a la cara. Por supuesto que no me agrada en lo más mínimo.
Miro a Mamá sobre todo. Cómo mira o sonríe a Fernando, cómo se esfuerza por complacerlo en cuanto puede, cómo se peina y sale de shopping con Ximena, la hijita de Fernando El Hijo de Puta, intentando ocupar el vacío que dejó su madre verdadera.
Y cada cosa que Mamá quiere, la obtiene.
Porque Mamá es emprendedora, fuerte, luchadora…
Porque Mamá es de Escorpio.

¡Ay! Pero yo soy de Tauro…
Y hay muchas actitudes que me disgustan. Mucha ropa que viste, mucho maquillaje que la transforma en una oscura caricatura… Y discutimos. Hasta sus gritos o hasta mis lágrimas…
Porque Mamá es emprendedora, fuerte, luchadora.
Y está bien que obtenga lo que quiere si se sacrifica por ello. O, como dice ella, si se rompe el orto.
En todo caso Fernando El Hijo de Puta parece ser lo que quiere, y no le importan mis objeciones. En realidad, parece ser que a nadie le interesan. Parece que nadie está dispuesto a considerar serios los puntos de vista de un chico de doce años.
Está bien. Que así sea. Que nadie me escuche.
Anoche le hablé de estas cosas a Ximena. Elegí bien mis palabras, no me interesa que sepa quién es Fernando El Hijo de Puta, simplemente le hablo de mi Mamá. Ella me escucha, atenta. Supongo que me entiende, pero no dice gran cosa. La mayor parte del tiempo interrumpe con preguntas. Tiene seis años.
Y me quedé hasta tarde murmurándole mis pensamientos, y yo le que yo pensaba de mi Mamá, y ella quedó en tal silencio que, en cierto momento, la creí dormida.
Pero no lo estaba.
Quedamos en silencio, en la penumbra de nuestro cuarto vi sus ojos abiertos.
Y el silencio fue interrumpido.
Quejidos, gemidos y gruñidos… Apenas sofocados por las paredes del hotel.
Claro que yo me di cuenta de inmediato lo que estaban haciendo. Y me enojé todavía más. Con Mamá. Y con Fernando El Hijo de Puta.
Ximena tenía los ojitos bien abiertos, escuchaba los ruidos, parecía aterrada.

Salí de mi cama y me metí en la suya. Automáticamente, saltó hacia mi cuello, esperando protección.
La abracé y le susurré lentamente:
-No te asustes. No pasa nada.

CONVERSAR ES UNA FORMA DE DECIR

La vieja Zulma nunca cayó bien en el barrio. Menos en casa. Nuestro patio trasero daba con el de ella. Era la loca del barrio. Todas las tardes la escuchábamos conversando con sus plantas. Bueno, conversar es una forma de decir. Insultaba mayormente. A políticos que ya no tenían posibilidad de victorias importantes, personajes de televisión de todo tipo y, cada tanto, de los mocositos esos que la despertábamos de la siesta jugando a la pelota en el baldío de la esquina. Claro, la casa de Zulma estaba lejos, pero el griterío y los pelotazos bastaban para arruinarle el sueño, a lo que ella abandonaba el sueño y se dedicaba a la limpieza de su casa. Regar el jardín casi siempre le tocaba a las siete de la tarde. Para esa hora yo ya andaba en casa, y mis viejos tomando unos mates en el fondo. Entonces, escuchábamos la voz de la vieja. Conversando con sus plantas. Bueno, conversar es una forma de decir.
Mis padres alzaban la voz para que la mujer notase que no se encontraba del todo sola. Si bien la medianera que dividía los patios era alta, Zulma tenía una escalera en el borde que usaba para podar las plantas. Claro que, generalmente la usaba para otros fines. Muchas veces vi asomar su peinado blanco y desordenado por encima de la pared de ladrillos sin revocar. Luego, los surcos del tiempo con apariencia fantasmagórica. Sí, a veces también se

comunicaba con mis padres. Por algún reclamo, alguna pelotita que se había ido para el otro lado o la necesidad de podar las moras antes de la primavera, porque el patio se le llenaba de moscas en verano. Ese tipo de cosas. Mi viejo un tipo comprensivo, por lo que siempre accedió a estas pequeñas demandas. No le costaba nada. Tenía la motosierra que usaba en el laburo. Claro que otras veces la vieja se quejaba de cosas más irracionales. Como los pájaros. Los pájaros hacían nido en el árbol de moras y después atacaban su jardín. Según ella. Yo nunca supe nada de árboles ni de pájaros. Mi padre sonreía y asentía, pero la sonrisa no convencía a la señora. Despotricaba, entonces, sobre lo dura que es la vida. Se apoyaba en la medianera como si de un altar se tratase y hablaba con tanto enojo que creía que iba a cruzar a nuestro patio y devorarnos. Sí, como una bruja de cuentos infantiles. Pero sólo era mi imaginación, sus flacos brazos temblaban levemente apoyados en el borde, acompañando sus lamentaciones ante la cruel soledad que le había impuesto la vida. Ni sus hijos ni sus nietos la visitaban, la obra social no le cubría los análisis que tenía que hacerse y encima el gobierno había anunciado un recorte en la jubilación.
–Menos mal que tiene la pensión de su marido… –Agregó mi madre con el propósito de alegrarla.
Claro que el resultado no pudo haber sido más contrario. ¡Su pobre marido! ¡Si la viese ahora! Pero… ¡Qué no haría por ella! El viejo Manolo se había ahorcado muchos años atrás. Por lo que contaban en el barrio supimos que fue un empleado municipal. Sobre los motivos de su decisión, la imaginación de la gente fue tan productiva como siempre. Cáncer, la respuesta más verosímil. Lo otro, lo más sencillo, es que la vieja le hacía la vida insoportable.

Igual, con la plata de la pensión no le alcanzaba. Habrase visto tanta falta de respeto por parte del gobierno a los empleados municipales, que tanto necesita el país.
Nunca había visto a una anciana tan enojada. Mucho menos colgada sobre una medianera, sus flacos brazos apoyados en el frío cemento, la piel arrugada acumulándose en las muñecas dobladas. Y sus ojos salidos, inyectados, enseñando sus dientes en cada reclamo ante la vida dolorosa.
Y una tarde, los brazos le flaquearon. Resbaló. Su torso se precipitó hacia nuestro patio. Un golpe en el vientre sobre la medianera la hizo llegar hasta nuestro lado.
La vieja Zulma nunca cayó bien en el barrio. Menos en casa. Ahí estaba, en nuestro patio, la materialización de aquella idea.
Mi madre me llevó adentro enseguida. Apenas pude ver cómo mi viejo saltaba de su silla para ir en dirección a la vieja loca. No estoy seguro. Creo que se movía.
Mi madre me ordenó quedarme en mi cuarto. Desgraciadamente mi ventana no daba al patio trasero, sino a la calle tranquila de un día cualquiera en los suburbios. El almacén de enfrente estaba abierto. Gente entraba a comprar. También vi cruzar a Mara, tan linda ella, pero con cuatro años más que yo me resultaba un sueño imposible. El ruido de ningún motor logró sacarme del ensueño en que me sumergía sólo con verla. Pero enseguida se perdió en dirección a su casa y con ella el momento de las fantasías.
El ruido del motor insoportable me volvía a la realidad. Parecía que mi viejo se había decidido a adelantar la poda de primavera aquel año. Y me imaginé a la vieja Zulma dándole indicaciones desde el suelo sobre cómo hacerlo mientras se quejaba de quién sabe qué cosa. Pero ese ruido de motor, era lo único que proporcionaba alivio, silenciando el sin sentido de la vieja. Mi madre me llamó para la cena

y, en la mesa, mi viejo me contó que mandaron a la vecina al hospital, pero que todo iba a estar bien.
Seis meses después, la casa estaba demolida y los terrenos loteados ofertados con un cartel inmenso. Y nunca vi las ramas de un árbol de moras crecer con tanta libertad.

VIEJAS TRADICIONES

Recién cuando quedé solo en la habitación me percaté del rítmico sonido contra una superficie de madera. Ritmo lento, lo que me había hecho confundirlo con algún animal, un pájaro quizás, molestando tras la amplia ventana que daba al jardín.
Viviana se había escapado al cuarto de baño, prácticamente corriendo, antes que yo me quitase el preservativo. Era así. Tímida de su desnudez y de su cuerpo.
Claro que no me cuestionaba el por qué. Intuía la respuesta.
Busqué mi ropa bajo la mirada congelada del retrato del Teniente Primero Leonardo Panizza.
El padre de Viviana, claro.
Y aunque me vio pocas veces y prácticamente no cruzamos palabra jamás, sabía exactamente lo que pensaba de mí.
Bueno, algunas charlas con Viviana me lo habían dado a entender.
–Y yo soy la menor, la consentida. –Me confió con una sonrisa. –Aunque siempre quiera lo mejor para mí, al final, papá tiene que aflojar.
La verdad, no me interesaba. Más me interesaba sumergirme en su cuerpo, el fantasma de la virginidad que yo había asesinado con sumo placer aún la circundaba; por lo que abrirle las puertas a un mundo nuevo y disfrutarlo era mi mayor preocupación.

Procuré hacer su primera vez exquisita. Comencé explorando la tersura de sus labios, con suma suavidad. Y poco después de estrecharla entre mis brazos, no tardé en descender mis manos por su espalda.
Aquella fue una noche asombrosa. Para ella también, por supuesto.
Claro que no pudimos amanecer juntos. Debimos escaparnos hasta su casa bajo un cielo que presagiaba tormenta.
Nos veíamos de esta manera.
Pocas veces fui a visitarla en su casa. Un chalet inmenso en el boulevard a tres cuadras del río. Me sentía minúsculo, y mis zapatillas llenas de barro no me ayudaban a sentirme cómodo ante un espacio tan aséptico.
El living era un espacio inmenso, impecable. Allí vi por primera vez a su padre. Leía el diario. Viviana nos presentó, él se limitó a observarme por encima de sus lentes. No supe por qué pero no me inspiró brindarle mi mano para que la estreche.
Precisamente por eso, le di un beso en la mejilla y una palmadita en el hombro, para estrechar cercanías.
Cuando me alejé, permanecía en la misma posición. No dijo nada. Sus expresiones faciales no habían cambiado. ¿Había abrazado a un muñeco?
Pero, no. De repente inclinó la mirada y volvió a su lectura.
Viviana me explicó después, en su habitación, que su padre tenía un carácter bastante duro y frío.
–Pero al menos no te mandó a la mierda… –Dijo.
Después, experimentamos con algo nuevo.
– ¿No me la querés chupar?
Le susurré al oído. Me miró con sus ojos sensuales y no tuve que decir más.

Claro, estaba un poco nervioso. Pensaba en la idea de que su padre irrumpiese de golpe y me quedase mirando fijamente. Sin decir nada.
Imaginar ese rostro no me ayudaba. Acaricié a Viviana, y ella prosiguió.
Y no, no hubo interrupciones.
No obstante, intentaba evadir estas situaciones. Si iba a visitarla, mantenía mi distancia. Y sus reclamos a mi frialdad aparente después se volvían recompensas furtivas en situaciones más interesantes.
Por ejemplo, hasta que conocí a Viviana, jamás había cogido a una chica en la calle.
Le gustaba transgredir, sin dudas. Transgredirse, en todo caso. Yo me dejé llevar.
En todo caso, su apertura a las nuevas experiencias me había conducido hasta el dormitorio del Teniente Primero Leonardo Panizza.
Y mientras miraba su retrato en la pared y me vestía intentaba hacerme una imagen de lo que ocurriría si se enterase que acababa de acostarme con la hija en su propia cama.
Pero un sonido me lo impedía.
No era el agua que corría desde el baño, ni los movimientos de Viviana. Era otra cosa. Unos golpeteos, débiles, pero no lejanos.
Imaginé que podría ser un pájaro carpintero en el jardín. Pero al acercarme a la inmensa ventana los golpes se hacían imperceptibles.
Un pájaro carpintero tímido, quizás.
Abandoné mi búsqueda un segundo, desinteresado.
Hasta que crucé frente al placard.
Ahí estaban los golpes. Débiles, y sin embargo cercanos.
Abrí la puerta sin pensarlo demasiado. Dentro, una escalera conducía a una habitación inferior. Era un cuarto pequeño, iluminado apenas con una luz mortecina.

Ni la presión de Viviana sobre mi hombro para espiar lo que acababa de encontrar, pudo desviar mi mirada del hallazgo.
– ¡Santiago! –Gritó Viviana, llevándose una mano a la boca.
No sé cómo lo reconoció. A lo mejor siempre había sido así de delgado. No creía posible que hubiese estado allí abajo mucho tiempo.
Claro que podía verse que tenía una pierna quebrada, y un bulto le crecía a la altura del fémur. Por lo demás, su rostro estaba cubierto de sangre ya coagulada.
Tenía las manos y los pies atados. Y marcas de quemaduras.
Viviana me hizo a un lado y bajó las escaleras.
Lloraba.
–Santiago. –Repitió.
No me quedé para ver cómo se arrodillaba y lo besaba. En cambio, di media vuelta y me retiré.
Supuse que había algo que Viviana no me había contado.

DÉJÀ VU

Ella estuvo de acuerdo.
Eso me exime de toda culpa, aunque no es que me sienta culpable realmente.
Claro que algo de conciencia, bien abajo, todavía me queda.
Quizás sea algo que se mezcla con el orgullo masculino. Tal vez.
A Nahuel le decíamos El Mariscal, pero era un idiota. Eso lo sabíamos ambos, desde hacía tiempo. Por eso Ximena no pudo reprimir una carcajada cuando se lo comenté.
Sí. Era un idiota.
Tras esas gafas horripilantes que hacían sus ojos saltones aún más saltones, me frenó en la calle. Hacía tiempo que no nos veíamos, y le

pareció una buena excusa para entablar una conversación. A mí no me interesaba en lo más mínimo qué podría decir.
Pero me quedé. Y lo escuché un rato. Habló de los estudios que había abandonado y los trabajos de donde lo habían echado, pero que nada frenaría su sueño de publicar su libro y ser un escritor. Y comentó, como al pasar, que la tía Estela le había dejado algo de plata hacía poco.
¿Cómo? ¿No me había enterado que la tía Estela había fallecido?
-Para nada. ¿Cuándo fue?
Para mí, la vida familiar es un conjunto de recuerdos fragmentarios.
Nahuel me contó que, en aquellas últimas semanas de la tía Estela, nadie fue a visitarla. Se quedó él solo, dijo que se sentía el único capaz de hacerse cargo.
-Muy bien. Alguien tenía que hacerlo. –Le dije, dándole unas palmaditas en la espalda.
-Sí… Sucede… -Dijo, acomodándose las gafas y agachando la mirada. –Entiendo que crecemos y tenemos otras cosas para hacer, otras prioridades… Y que aquel que tiene en sus manos la tarea de hacer un favor, no puede negarse.
-Tal cual. –Aseveré con rostro serio.
Y dejé de escucharlo por un rato.
Hasta que llegó a la parte de que, en realidad, la tía no había estado tan sola. Un par de veces fue a visitarlos Ximena.
-¿En serio?
-¿Cómo? ¿No te contó?
Guardé silencio un momento.
A lo mejor, me lo dijo y no había prestado atención. Suelen ocurrirme estas cosas.
Cerré los ojos un segundo. Un parpadeo. Parecía no haber estado realizando mucha sinapsis últimamente.

Pero si Ximena lo hubiese mencionado, lo recordaría. Hubiese tomado nota de un asunto así.
Por otro lado, ella no era muy allegada a la tía Estela. De hecho, la consideraba una vieja insoportable, en sus propias palabras.
A los quince años, según contó, había dejado de ir a la casa. Algo le disgustó sobre la ropa “extremadamente provocativa” de Ximena y ella se ofendió mucho. Claro, sin olvidar que la tía Estela era propensa a delirios místicos.
Se había metido en la secta evangelista o en los testigos de Jehová, nunca lo supe del todo. La última vez que la vi, tenía diez años.
Era común encontrarnos los sábados por la tarde, Nahuel, Ximena y yo en casa de la tía Estela. Nuestras madres nos dejaban a su cuidado. Ella nos atendía bien, con facturas y café con leche, o chocolate caliente en buenas épocas.
Y después sintonizaba una radio religiosa el resto del día.
Se sentaba en su cuarto a escucharla, hasta que sus ronquidos tapaban las voces del transistor.
Nahuel era el mayor. Siempre había sido un idiota. Le daba por jugar de manos y después ponerse a llorar. En la primaria le decían maricón. Creo que fue en una clase de educación física cuando su apodo se deformó hasta llegar a ser El Mariscal. Le gustó este último nombre y se lo quedó. En la secundaria se hacía llamar así. Se juntaba con tres pibitos que se la daban de matones. Le gustaba agarrar a los desprevenidos en el baño. Y pegaba fuerte. Era un bruto. Y muy egoísta. Pero eso fue después.
Un día, dejó de aparecer los sábados, él y su madre. Algo había pasado.
No recuerdo mucho realmente. Recuerdo unos gritos, unas risotadas histéricas, unas discusiones a escondidas.

Nahuel se había mandado alguna cagada, de eso no había dudas. Pero jamás la supe.
Y ahora, salvo unas arrugas y unas incipientes entradas capilares, el resto de su desagradable persona volvía a estar frente a mí.
Y me contó el favor que necesitaba.
Y la muy interesante suma que estaba dispuesto a pagar.
Más que interesante.
Pasé dos días intensos hasta que, abrazando a Ximena en la cama, no me contuve más y se lo comenté.
Me miró a los ojos un segundo, y luego bajó sus luminiscencias.
-Nos vendría bien esa guita.
La miré, atónito. Ella no levantó su mirada.
-Nos vendría muy bien. –Dije, casi en un murmullo.
Así que ella estuvo de acuerdo.
-Después de todo, nada más quiere que se la chupe, ¿no? –Me miró, con una sonrisa, y me estrujó la parte baja. –Y en eso creo que soy buena, ¿vos que opinás? ¿Lo vale?
Y tragó todo mi miembro de una sola vez, utilizando su lengua y sus labios, ajustándose a mí.
Era un buen trato.
Llamé al Mariscal esa misma tarde. Le dije que se pasara por casa después de las seis. Estuvo de acuerdo.
Le dije que estaría solo Ximena, yo no los molestaría.
-Perfecto. –Fin de la llamada.
Pero no me fui.
Seis menos cuarto me escondí en la habitación del fondo.
Menos cinco, llegó El Marsical.
Los espiaba por la rendija de la cerradura. Ximena tenía la delicadez de moverse sólo por lugares donde mi ojo la pudiese ver.

Lo atendió, simpática. Él extendió su mano, ella le dio un beso en la mejilla.
Apenas intercambiaron palabras. No escuchaba lo que decían, hablaban en susurros.
Ximena comenzó frotando la entrepierna del Mariscal, y se deslizó hasta quedar de rodillas en el suelo.
La observé con una mezcla de desagrado y deleite, mientras su juguetona lengua se enroscaba en el miembro de Nahuel.
Al final, sentí que me descomponía. Pero no podía dejar de observar a Ximena. Aunque, por extraño que suene, ya sabía lo que iba a hacer.
Tenía la sensación de que aquello ya había pasado.
A lo mejor, era el cansancio.
A lo mejor, las risotadas histéricas de placer sumamente peculiares de Nahuel.

VISITA DE ANGUSTIA COTIDIANA

Caí sin aviso en casa de Naipes. Pude ver la sorpresa en su rostro cuando me recibió. No esperaba mi visita en absoluto.
Sin embargo, como es tan gran anfitrión como amigo, mi aparición no lo turbó en lo más mínimo. No como otras personas que acceden a recibirme de mala gana, y más como un acto caritativo que como por el impulso de estrechar un vínculo.
Claro, Naipes era de los buenos.
Me invitó a su modesto departamento, invadido por música instrumental sugestiva, extraños adornos colgando de las paredes, personas casi personajes que siempre lo frecuentaban.
Esta vez, tenía la visita de un tipo que no había visto nunca.

Cuando entré lo saludé de lejos con un gesto de cabeza. Dirigió su mirada un segundo hacia mí, como ausente, y luego imitó mi saludo.
Antes de poder indagar algo más, Naipes me empujó suavemente hasta la mesa. Me dejé conducir mientras mi anfitrión hacía acotaciones literarias con respecto a las visitas inesperadas.
Mientras, yo miraba de reojo al otro huésped.
No se movía en absoluto.
Permanecía rígido, sentado en el borde la cama de Naipes, a lo sumo frotaba un poco su pierna, ora la mano izquierda, ora la mano derecha, siempre la mirada fija, clavada en la pared blanca, pero sin fijarse en ningún punto. Bien vestido, un traje de dos piezas, si bien pasado de moda, no parecía la clase de personas que visitaban a mi amigo.
Naipes me preguntó si tenía hambre, y como yo venía de terminar un incendio, le respondí lo obvio. Estaba hambriento.
Naipes era un excelente cocinero, y la baba comenzó a descender desde mis fauces famélicas en cuanto sentí el aroma de su famoso risoto.
Destapó una olla y con mucha cordialidad me sirvió un plato bien lleno.
Nos sentamos a la mesa, frente a frente. Él se sirvió una copa de vino, yo me regocijaba en mi gula.
Mientras, Naipes me comentaba su nueva novela. Yo lo escuchaba y acotaba algún dato cuando mi boca y mi razonamiento establecían contacto. Luego nos desviamos por anécdotas más recientes, y otras teorías filosóficas en relación a esos hechos.
Entonces, bajando un poco la voz, y utilizando más gestos que palabras le pregunté acerca del tipo sentado en la cama. ¿Qué hacía ahí sentado?

Naipes sonrió, luego espió por encima de mi hombro y yo me giré también.
El huésped seguía en su postura congelada. La mirada fija sobre la pared.
Luego volví a Naipes, con la pregunta anterior repetida en una ceja arqueada.
Naipes me hizo gesto extendiendo sus dedos índice y pulgar alrededor de su oreja.
Aguardaba un llamado.
No hice más preguntas. Supuse que de seguro el huésped estaría bien puesto, por eso permanecía petrificado, mirando el blanco de la pared, es decir, flasheando.
De seguro el llamado sería para conseguir más droga, y me alegré por dentro. Además de comida gratis, de seguro me iba a drogar de arriba. Naipes era un excelente anfitrión.
Y no sólo conmigo. A más de uno le daba resguardo y apoyo para que realicen sus historias. Tipo tolerante, Naipes. Apoyaba la bohemia fervientemente, lo frecuentaban homosexuales, drogadictos, o jóvenes intelectuales con problemas existenciales. A cada uno, Naipes brindaba apoyo o asilo, según el caso. Plata no, porque nunca tuvo.
Pero a pesar de las ideas que esgrimíamos en la mesa y de los pensamientos que se desencadenaban, volvía siempre con curiosidad e irritación al otro visitante desconocido. No sólo me irritaba su inmutabilidad, semejante a la de un insecto que se supiese atrapado y observado bajo una inmensa lupa, sino también por su presencia general que me sugería más bien una ausencia.
Como si en lugar de un visitante se tratase de la ropa sucia de mi anfitrión, desordenada en el borde de la cama, despidiendo la acritud del sudor y otros olores masculinos. Algo que alguien debía

preocuparse en ordenar, antes que ese desorden que sugería se esparciese por el resto del departamento y luego continuase por el mundo.
Naipes continuaba hilvanando anécdotas y teorías ante mí cuando escuché la melodía de un teléfono.
Por primera vez, vi al tipo moverse un poco.
Atendió la llamada.
No pronunció más que monosílabos, certeros, concisos, en voz baja. Desgraciadamente, no pude oír lo que decían del otro lado.
Naipes continuaba su discurso, pero no pude evitar distraerme cuando el huésped se puso de pie, alisó su traje e hizo una inclinación de cabeza a mí y a mi amigo.
Se despedía.
Cruzó la puerta y, cuando escuché el eco del portón que daba a la vereda cerrándose, Naipes continuaba sus historias.
Sin embargo, no pude conmigo mismo y frené su relato.
Mi inquietud había alcanzado su horizonte.
¿Quién era ese tipo raro que lo había visitado y se había marchado, sin señas particulares, y bastante común, por cierto?
Naipes me sonrió. Me dijo que le simpatizaba mi curiosidad y respondió mi pregunta:
-Kafka.
Entonces, el tenedor se resbaló de mis manos.

EL AMOR CORROMPE, Y EL AMOR INCONDICIONAL CORROMPE INCONDICIONALMENTE

Es sábado. Estela camina lentamente al súper. Hace las compras. Vuelve a casa con cuatro bolsas, intentando que el plástico no resbale

de sus dedos. Cargada de comestibles de oferta. Intenta, hace fuerza, se dibuja una sonrisa en su rostro. Ella sabe. Es necesario sonreír.
Se cruza con su madre, la saluda, le pregunta por Rocío. Está tranquila, jugando en el patio, en el mutismo de la infancia y el misterio para los adultos. La tormenta de ayer tiró algunas ramas de los viejos lapachos. Su marido, Horacio, las apila a un costado, cuidando de su nieta con el rabillo del ojo. Saluda a Estela con un ademán. Le sonríe. Él también sabe. Es necesario sonreír.
¿Y Miguel?
Miguel… puede que a veces lo mejor sea no saber. Pero a Estela no le complace esta idea. Quiere saber. Necesita saber. A pesar de todo…
Habían vuelto los problemas. Habían vuelto los reclamos. Sentía culpa. La culpa de no poder hacer algo.
Su madre le ofrece un mate. Le tiemblan las manos. Cada día un poco más. Tampoco puede hacer algo por ella, pero al menos puede arreglárselas por su cuenta. El espíritu que no se rinde bien puede soportar todas las cuerdas.
¿Y Miguel? ¿Sabés algo?
Le dice que no. Hay resentimiento en su respuesta. Debe estar con en lo de Florencia. Hasta que vuelva a hacer quilombo y lo vuelvan a echar a la mierda.
La madre se ceba un mate. Chupa la bombilla en silencio. No hay más que agregar. Tiene ganas de acariciar a su hija, confortarla. La ayuda acomodando los comestibles en la heladera, en la alacena. La conversación se vuelve algo más trivial.
¿Escuchaste que va a subir todavía más la carne, Estela?
Y sí. Ya en el Día% se notaba cierta escasez de productos.
Tendríamos que ir a los chinos la próxima vez.
Tendríamos…

La radio acompaña sus pensamientos. Una canción que habla sobre la gracia de encontrar a Dios. Les hace bien.
Estela sale al patio. Da a Rocío un beso en la mejilla. Su nieta le sonríe. Tiene un leve moretón sobre el lado derecho. Estela siente que se le parte el corazón.
Pero sonríe. Ella sabe.
La niña continúa su juego en silencio. Muñecas en el pasto, un autito de plástico, un conejito de algodón que era de su tía. Alguna vez se dedicó a fabricarlos, junto a su marido, compraron su primera casa en buenos aires, la vendieron, vendieron todo, compraron en Tala, en el campo, lejos de la ciudad.
¿Y Miguel?
Miguel apareció al poco tiempo de la mudanza. Las cosas en Buenos Aires se habían ido a la mierda. No era la primera vez. Pero al menos, en la distancia, cortando de raíz todo el entorno, Estela creyó poder ayudarlo. Hizo todo lo que pudo. Miguel no.
No obstante, por un tiempo todo pareció andar bien. Conoció a Florencia, que era mayor que él, una mina seria, trabajadora, divorciada. Convivieron un tiempo, pero la convivencia no es una cosa fácil. A los dos meses volvió con Estela y Horacio.
Trabajaba. A veces. Manejaba el camión de una distribuidora, después siguió con otros camiones, otras empresas. Un par de meses. Después, todo se iba a la mierda.
Los periodos de inactividad daban paso al mal humor. Y el mal humor, a las reacciones violentas. El alcohol, sobre todo, le sentaba mal.
Pero otras veces… Otras veces, simplemente, Estela lo ignoraba. Hacía fuerza para ignorarlo.
Pero ella sabe. Su madre lo sabe. Horacio también lo sabe.
No pueden hacer nada.

Tras la tormenta de la noche anterior, Estela revisó el cuarto vacío, ese que siempre estaría disponible. Encontró la bolsita. Tragándose las lágrimas la tiró por el inodoro.
No volvería se dijo entonces. No lo permitiría. Tragándose las lágrimas.
Ahora, Horacio terminaba de apilar las ramas caídas. A un costado. El patio limpio.
Le dijo que quería irse, quería abandonar todo. Él también sentía la culpa. No quería volver a verlo, nunca más.
Quizás por un tiempo, le había dicho Estela. Quizás no era la réplica que Horacio deseaba.
¿Qué podían hacer? Rocío se negaba a comer la cena la noche anterior, Miguel la miró con odio y la abofeteó.
Pendeja de mierda…
Para qué.
Horacio ya no lo soportaba. Junto a su mujer y su suegra estaban criando a la nena, el muy imbécil no tenía el más mínimo derecho de reaccionar así.
Miguel lanzó un plato al suelo, era la enésima vez que lo hacía.
Horacio ya no lo soportaba.
En los treinta y seis años que habían vivido jamás le había levantado la mano. Sus puños cerrados concentraron toda la impotencia gestada en cada uno de aquellos años, meses, días, horas, minutos, segundos.
Miguel sintió el tiempo, pero en la ingravidez que se hallaba realmente no lo sintió. Lo invadió la adrenalina. La euforia. Estela gritó. Miguel gritó. La abuela se encerró en su cuarto. Y por primera vez oyeron el grito desgarrador de impotencia de Horacio.
Ya no lo soportaba.
Lo empujó a la calle. Era suficiente. No quería volver a verlo jamás.
¿Con qué derecho le pegás a la nena?

Es mi hija.
Comprale la ropa, dale un hogar, alimentala y cuidala y después vení a hacerte el padre, boludo de mierda.
A los gritos. En la calle. La impotencia.
Por primera vez Horacio sintió su cuerpo estremecerse completamente. Sentía que su vista se nublaba. Se relajó. Relajó sus puños.
La silueta de Miguel se desdibujó, se alejaba al menos.
Te voy a hacer la denuncia…
Un pelotudo.
El cielo negro era circundado por relámpagos. Se había levantado viento. No hacía frío, pero Horacio no dejaba de temblar.
Se tiró sobre el sillón, exhausto.
Problemas, problemas, siempre problemas.
Supuso que fue su suegra quien levantó la mesa. No había oído mucho durante la noche. Pero se había quedado cerca de la puerta por si se le ocurría volver.
No volvería.
No quería que volviese.
A la mañana siguiente, su mujer no estaba. No se preocupó. Se dedicó a la jardinería y después a limpiar el ramerío.
Rocío despertó como siempre. Su suegra le sirvió el desayuno. Después la niña salió a jugar al patio. Horacio le sonrió y su nieta le devolvió la sonrisa. No había nada que decir.
Estela volvió de hacer las compras. Le preguntó si le faltaba mucho. Si no quería unos mates.
Los aceptó en silencio. Oyendo los comentarios triviales de ambas mujeres, oyendo una canción en la radio que versaba sobre la gracia de Dios. Haciendo lo imposible por no oír sus pensamientos.
El cielo estaba gris.

*

Un auto se detuvo en la entrada. Los tres adultos se acercaron a la ventana. La puerta se abrió. Bajó Florencia.
Horacio no pudo contener un suspiro.
Florencia había llevado nueve meses en el vientre a su nieta. Es cierto, tenía otros hijos de los que cuidar… Pero, ¿por qué? ¿Por qué se había creado todo esto?
Horacio sintió la mano de Estela sobre su hombro. Florencia se acercaba lentamente hacia la entrada.
¿Y Miguel? A lo mejor había hecho alguna idiotez. Poseía ese talento natural. Ambos lo pensaron, pero no dijeron palabra.
Florencia se acercó a su hija, le dio un beso en la mejilla, la alzó y se acercó a la puerta.
Estela abrió. Horacio se pasó una mano cansina por la frente. Su suegra se dirigió a su habitación.
¿Y Rocío?

SEGUNDA PARTE:

EL CÉSPED CRECE MÁS VERDE

MANADA

Los Olivera eran cuatro hermanos y su madre.

La vieja Olivera había enviudado hacía unos seis años, el marido se le había ahorcado en el fondo de la casa. Alcohólico, decían, y que la vieja lo tenía podrido.
Cuando tomó la decisión, su hijo menor aún no había nacido; esto simplificaba el cálculo que la vieja tenía que hacer cuando le preguntaban por el tiempo de su viudez.
Sólo tenía que mirar a su más reciente acólito.
Seis años. Era todo un gallito. Sergio. Bautizado como el padre.
Le seguían sus hermanos Florencia y Juan Carlos. Trece y quince años respectivamente.
Finalmente, la primogénita, Mara. Dulces diecisiete.
Con ciertas carencias, una pensión estatal y panes caseros, la vieja los cuidaba celosamente. Todas las mañanas los enviaba a ofertar sus elaboraciones. Se subían en sus bicicletas y, en grupos, recorrían el barrio. Sergio y Mara por un lado. Florencia y Juan Carlos, juntos.
Sólo descansaban los domingos, en familia, como se supone que debía ser. La vieja los llevaba a misa, al mediodía pasaba por ellos. Después de visitar el comedor de la iglesia, pedaleaban hacia las afueras.
El campo.
La vieja sentía algo por el campo.
Nadie lo explicaba.

FUCKING SHERMAN

Adela avanza. Cruza la calle, sube a la vereda. Por la rampa.
Avanza. Mueve una palanca con su muñeca. El milagro de la electricidad.

Anochece. Recuerda años atrás haber caminado esas calles. Caminar… Sus piernas capturaban las miradas masculinas. El peso de los ojos atrás.
Mucho tiempo atrás.
En el medio, Asdrúbal había muerto, su hija se había divorciado, se encargó como pudo de Sherman y el alto nivel de azúcar en la sangre le causó inconvenientes.
Al menos le quedaba salud, techo y comida.
A Sandra no la veía desde la operación. En cuanto le dieron el alta, su hija volvió con ese joven de pelo rapado y ropa holgada… ¿Cómo se llamaba? ¿Rubén? ¿Alfredo? Quizás debería llevar una lista y actualizarla…
Sherman se quedó un tiempo más, la ayudaba mucho. Pero estaba en la plenitud de la adolescencia, era injusto retenerlo. Sherman lo sabía, pero se quedó un tiempo más. La abuela se lo recompensó con parte de la pensión de Asdrúbal. Sherman lo aceptó.
Tenía gastos.
Eso era todo, gastos.
- ¿En qué? – Preguntaba Adela desde su silla.
- Boludeces. – Decía Sherman.
Eso le alcanzaba. Le repetía que ahorrase. O que se compre algo de ropa.
- ¿Cuánto tiempo hace que usás ese pantalón? ¿No te parece que sería mejor uno nuevo, como esos que se usan ahora?
- Sí, Dela.
Esa misma tarde fue a lo del Rengo, le hizo unos mandados. El Rengo le pasó unas bolsas.
-Con cuidado, Sherman, no sabés cómo está ésta…

En la casa que Sandra alquilaba para Rodolfo casi nunca había nadie. Tenía la llave. También tenía una cama al costado de la puerta de entrada para dormir.
- Cuando quieras – Le había dicho mamá.
Entró.
Despejado.
Se metió en el baño.
El sonido de una bolsa de plástico.

INTROYECCIÓN

En realidad, la vida de Juan Carlos podría haber transcurrido normal y corriente, como la de miles de adolescentes de imaginación limitada.
No, Juan Carlos no era nada especial. Escuela secundaria, ningún sobresaliente, algo que sorprendió a muchos dado que su padre acabó el bachillerato como abanderado, con honores, como el mejor alumno.
¿Qué tendrá que ver la vida de uno con el otro, no?
Nada, pero la sorpresa aparece cuando el imaginario colectivo se ve frustrado por la cruda y diversa realidad.
Juan Carlos también sentía este imaginario colectivo, forjándose en él desde el principio, como cuando en uno de los primeros años la profesora le regalaba nota porque su padre había sido un alumno brillante. De esos que hacían los deberes a tiempo, pulcros, que no molestaban nunca en clase, los favoritos de cualquier profesor.
Cuando esto pasó y quedó al descubierto (Juan Carlos no era tan brillante como para andar indagando el por qué de las cosas), fue porque la profesora así lo quiso. Lo dijo frente a toda la clase, y

elogió al padre de Juan Carlos y todo, prácticamente unos ochenta minutos. Mientras, Juan Carlos, en su banco, como una verga a la que le echan un balde de agua fría.
Y, después, las bromas. Claro, vienen de a poco. Se aguanta hasta que tratan de humillarlo frente a la chica que le gustaba. Claro, dejó de gustarle en el momento en que se hizo cómplice esbozando una sonrisa desde lejos junto a sus amigas. Quedó como ciego. Lanzó un puñetazo al primer comediante que tenía enfrente. Tenía una birome en la mano. Le hizo un pequeño corte bajo la ceja a Santiago Figueroa, quien le devolvió el golpe, furioso, pero Juan Carlos no lo sintió.
En la Dirección les dieron un largo discurso sobre llevarse bien, y que ya estaban grandes, y qué dirían sus padres, que estaban en camino para discutir el asunto.
Juan Carlos no se molestó. Apareció su padre, quien escuchó sin mucho interés pero con rostro serio, la versión oficial de los hechos. Firmó un papel y llevó a Juan Carlos a casa. No hablaron en el viaje, la radio parecía tener cosas más importantes que decir acerca de las noticias en Carmen de Patagones. Era el año 2004.
Recibió amonestaciones, pero no le importó. A Figueroa sí le importó, al menos a su padre, el doctor. Lo trasladaron a un Liceo Militar, y Juan Carlos nunca más lo volvió a ver. Eso tampoco le importó.
Para ese entonces, había encontrado quién sabe dónde, un viejo cassette negro de carátula fotocopiada. Gritos guturales, riffs densos y violentas percusiones impregnaban la cinta. Juan Carlos los escuchaba y sentía toda su frustración surgir al ritmo de aquella cacofonía. Se imaginó a sí mismo como líder de un grupo de Black Metal. Comenzó a practicar encerrado en su cuarto, cuando la casa quedaba vacía. Como no tocaba ningún instrumento, la voz alertó a

los vecinos, preocupados, sin entender el por qué del griterío. Una vez apareció la policía, pero Juan Carlos no los atendió, bajó la música que deseaba emular y se quedó escondido tras la ventana del frente, viendo cómo los agentes se rascaban la cabeza y volvían a golpear la puerta, con el mismo resultado: Juan Carlos no les abriría. Los espiaba desde su rendija, furioso, con total seguridad de que no podían verlo, y pensó que si tuviese un arma él también les daría una reprimienda. En ese segundo, los odió. Lo que más quería era que se fueran. O que acabasen muertos. Le daba igual. Los odiaba.
Finalmente desistieron, y Juan Carlos fue más precavido, y dejó de ensayar de a poco, diciéndose a sí mismo que tendría que encontrarse con músicos.
Mientras, se dedicó a escribir sus propias letras. Composiciones oscuras sobre su deseo de ver morir a algún conocido, o ideas sobre la necesidad de un cambio drástico. Creó un círculo de exclusión a su alrededor, más por debilidad y protección que por algún otro motivo.
Al finalizar la secundaria, sus canciones constituían una carpeta negra de trescientas hojas. Nunca conoció músicos de su estilo y jamás interpretó sus canciones. En cualquier caso, cuando terminó la secundaria había olvidado la mayoría de las melodías que armaba en su cabeza para articular el texto.
Cuando lo conocí solamente recordaba una. La cantó una noche, a los gritos, mientras nos tomábamos un vino en la plaza. Un miércoles, cuatro de la mañana.
-La budeflanga es basura, la budeflanga es mentira, la budeflanga te ignora, la budeflanga la odio. matar, matar matar matar a la buteflanga
Forzaba la voz, por un momento sentí que algo se le iba a desgarrar. Al principio no entendí lo que decía así que hice que lo repita. Cuando comprendí la letra, le pedí que la repitiese una vez más, para

corroborar lo que acababa de escuchar. No podía creerlo. No podía entenderlo. ¿De qué se estaba quejando este chico raro salido de no sé qué provincia?
Ahí mismo me preguntó si no estaría interesado en algún proyecto con él. Me había visto tocando el bajo. Le dije que sí, desde luego, podríamos armar un proyecto inmenso. Estaba super borracho. Le di mi dirección y mi número de teléfono.
Al día siguiente, cuando sonó el celular, no atendí. Más tarde vi el número desconocido y me acordé de todo.
Y cuando vino a golpearme la puerta de casa, bajé el volumen de la música un poco y me quedé, en silencio, tras la puerta. Esperando que se fuera. Esperaba que pensara que había salido a hacer un mandado y me había olvidado la música encendida. Como no me conocía lo suficiente, pensé que ese pensamiento podría surgir y salvarme la tarde.
Pero no fue así.
Eran las nueve y media de la noche cuando desistió. Hacía un frío terrible, y tuve que soportar la tortura de escuchar el mismo disco de Yngwie Malmsteen unas ocho veces.

LA RECONCILIACIÓN

Sergio se despertó en la camilla. No podía ver nada. Llevó, por instinto, las manos al rostro. Tenía una venda en sus ojos.
Una mano ajena lo instó a frenar su impulso, lo calmó.
Tan joven. ¿Qué pasó?
Sergio sacude la cabeza.
Pero en la oscuridad, su memoria lo ve claramente.

Ileana daba un concierto aquella noche. En el teatro. Un lugar que Viviana siempre le había pedido conocer.
Fue por Ileana que consiguió las entradas. El dinero no alcanzaba para nada, como siempre.
Ileana había vuelto del conservatorio. Tocaba el violonchelo. Se presentaba junto a una orquesta de la que jamás había oído algo. Sergio no recordaba en absoluto algo vinculado al nombre.
Y había tenido las entradas en mano durante una semana. Las había visto más de una vez.
Y ahora no podía recordar el estúpido nombre de la orquesta.
No era importante. De seguro no era importante. No quería pensar en ello.
Cuando le comentó a Viviana sobre su reencuentro con Ileana, ella se puso una furia. Mostrando los colmillos arrebató las entradas a Sergio.
Viviana conocía la cercanía entre la violonchelista y su pareja.
Pero eso había sido atrás, mucho tiempo atrás.
Una discusión similar habían tenido, la noche que, embriagados, ella le insistió sobre aquella vieja cicatriz.
Despreocupado como se hallaba, Sergio no escatimó ciertos detalles sexuales acerca de la intensidad del placer. No tan pequeño error.
La botella de Cabernet que degustaban estalló en su nuca.
Aquella vez se llevó la mano por instinto y la vio cubierta de sangre. Su sangre.
Un segundo después se desmayó.
Había despertado en el hospital aquella vez. Habían pasado un par de años.
Le dieron tres puntos.
Les dijo a los médicos que se había caído de una escalera, mientras cambiaba un foco.

Con una sonrisa.
Desconfiaron.
Al final, no le creyeron.
Pero regresó, y hablaron mucho con Viviana. Entre lágrimas ella le dijo estar arrepentida, le pidió sinceras disculpas. Él la abrazó, y ambos se deslizaron en el lecho que compartían, del cual no se levantaron hasta la tarde del día siguiente.
Viviana se había vuelto una complaciente diosa del placer, sumisa y tentadora. Sergio se sumergió en su cuerpo, saboreando cada fracción de su amada.
La amaba. De eso Sergio no tenía duda alguna.
Se sucedieron peleas menores, algunos descontentos. Si bien ninguno había tenido la intensidad de aquella primera vez en el hospital.
Pero al acabar aquellos malentendidos, la gratificación era inmensa.
En retrospectiva, Sergio pensó que, a lo mejor, ese nivel de gratificación había descendido.
Pensó también, que, a lo mejor, era su culpa.
Trabajaba mucho, pero no podía permitirse grandes lujos ni para él ni para Viviana. Eso bastaría para molestarla.
De seguro debió tomar la invitación a ver a Ileana como una broma de mal gusto… O, a lo mejor, un mal presagio… O, quizás, como una señal de que había que volver un poco atrás para reavivar las llamas de la pasión…
Su mente giraba, la voz del otro lado debió repetirse, más fuerte.
Señor Suárez, temo que ha perdido la vista. El daño hecho en sus córneas es irreparable. Llamaremos a la policía, para que denuncie a su atacante. Ojala podamos dar con él.
Sergio sintió una mano en su hombro, de compasión. Luego un alivio, y los pasos alejándose en compañía. Una voz femenina, murmurando.

Una verdadera lástima, doctor. Y tan joven además…
Sergio sonrió. Nada más podía hacer. Desde el momento en que Viviana le arrebató las entradas y las hizo trizas entre sus manos, desde que él se enfureció y gritó y no pudo evitar la lámpara de lava dirigida directamente a su rostro, desde allí ya no pudo hacer más nada.
Volvería con ella, de eso no había dudas.
Se había quedado sin ojos, pero en su mente ya podía ver en la pronta reconciliación.

EL TRIUNFO DEL AMOR

Mara consiguió laburo cuidando un chico. Chico. Seis años. Ella está contenta por el laburo, hace rato venía buscando y, como toda búsqueda, estaba difícil. Bastante afortunada se sintió además, cuando descubrió lo obediente y dócil que era el chico.
No tardó en congeniar con Carmen. A la mujer le había satisfecho que Mara estuviese por recibirse de maestra jardinera (en realidad, todavía le faltaban dos largos años), y a Mara le agradó la personalidad de Carmen, de carácter fuerte pero simpático, divorciada, sabía lo que quería en la vida. Mara había quedado fascinada con el trabajo de Carmen, dueña de una serie de comercios de lencería. Se había hecho de abajo, Mara veía todo esto como un triunfo en la lucha del feminismo o algo así.
Pero Carmen, en realidad, no hacía mucho más que eso. Su trabajo, y volver a las seis a cuidar a su hijo. Los sábados por la tarde llegaba de visitas su ex marido, pero Mara tenía que cuidar al chico igual. Carmen y su ex se llevaban bien, no se dejaban oír reclamos, pero el tono lastimero como de disculpas con el que se dirigía a Carmen le

resultaba molesto a Mara. Molesto por lo patético. En cualquier caso, ignoraba el por qué del divorcio.
Sin embargo, Mara estaba segura de que aún debían amarse.
Los sábados, media hora luego de que él llega, Mara tenía que salir a pasear con el chico. Se lo pedía Carmen. Generalmente lo llevaba al parque. Una vez tuvieron que cortar la salida antes, sin motivo aparente el chico se había meado encima y no paraba de llorar. Mara escuchó la puerta del dormitorio principal cerrarse en cuanto entró en la casa. Silenciosamente llevó al chico hasta el baño y lo ayudó a cambiarse. El chico había parado de llorar, permanecía callado, chupándose el pulgar, dejando todo el trabajo para Mara.
Pero bueno, ese era su laburo, cada tanto tenían que surgir estos problemas, se dijo.
Pero empezó a preocuparse cuando notó que estas crisis de pis y llantos se volvían más frecuentes.
Se lo comentó a Carmen. Ella se mostró preocupada, pero no hizo nada al respecto. Cuando las clases comenzaron, y el incidente se produjo en la escuela, Mara preguntó por la posibilidad de un psicólogo. Carmen repitió su escena pero dijo que consideraría la posibilidad si el problema continuaba. En todos estos encuentros, Carmen se mostraba sorprendida como si hubiese sido la primera vez que le había ocurrido algo así a su hijo.
Pero la obsecuencia de Mara la condujo más allá, y ella misma llevó al chico hasta un psicólogo. El que pudo pagar, desafortunadamente, no era el mejor, y no logró que el niño respondiese más que aquello que se le preguntaba. Claro, notó que había algo raro en su comportamiento, pero para desentrañar el motivo era necesario proseguir con más sesiones. ¿Cuántas? Mara sacó la cuenta entre su sueldo y el precio que le pasó el psicólogo. Su sueldo se reducía a

cero. Se despidió, pensando en alguna otra solución. Alguien tenía que confirmarle sus sospechas.
Finalmente, una noche que Carmen y su ex marido salieron a cenar (una cena improvisada, a mitad de semana, a Mara le sorprendió cuando le avisó), el chico le contó todo. Sin crisis previa, todo salió de su boca con total inocencia. El chico estaba frente al televisor e improvisó el monólogo que Mara escuchaba, en silencio, desde la cocina. Una tras otra, las descripciones del relato confirmaban las sospechas de Mara. Intentó no perturbarse mucho, tratar de continuar con lo que hacía, preparar la cena. Abrió la hornalla.
Inmediatamente después, sintió un estallido. El televisor. Y el chico empieza a llorar histéricamente, lanzando patadas y golpes al aire, se hizo pis encima de nuevo… Llena de pena, Mara lo abraza, intenta calmarlo. El chico no deja de repetir la última oración de su relato. Y llora, parece que no podría dejar de llorar.
Mara lo contiene en un abrazo y lo conduce hasta el baño, a que repita el ritual de la limpieza. Pero el chico sigue llorando, inmóvil, y Mara tiene que hacer todo de nuevo. Piensa en el psicólogo, en que ahora no tendría más opción que actuar, que de otro modo sería vista como cómplice…
Son pasadas las once y media cuando Mara termina de bañar al chico, todavía tiembla un poco y le salta una que otra lágrima. Ella lo seca y lo viste, y se dispone a llevarlo a dormir. El dormitorio del chico está pegado a la cocina, y, en cuanto Mara enciende la luz, ya sabemos lo que ocurre.
¿Cuánto tarda una habitación sin ventilar en llenarse de gas?
La pared lateral de la casa se cubrió de grietas, todas las ventanas de la casa estallaron, también algunas de casas vecinas. Llegaron la policía, los bomberos, pero no hicieron mucho las ambulancias. No hubo sobrevivientes. Y cuando Carmen y su ex volvieron, no

tuvieron el coraje para bajarse del auto. Se tomaron de la mano, en silencio, y se miraron uno a los ojos del otro. Ella vio en él al hombre que siempre había querido desde un principio, pese a cualquier cosa, y se arrepentía por haberlo dejado.
Él, por su parte, notó que finalmente ella lo había perdonado.

QUIERO QUEMARTE LA CARA CON ÁCIDO

Marcos sintió nublarse su visión, ya no podía aguantarlo más. El culo de Sabrina rebotaba sobre su pelvis, todavía insatisfecho. Pero, de toque, Marcos cerró los ojos y sintió un sacudón en todo su cuerpo mientras se descargaba en el interior de Sabrina.
Tenía los ojos entrecerrados aún, cuando Sabrina, de espaldas, le dirigió una mirada de desdén y luego se escondió bajo las sábanas.
Observando fijamente a Marcos, claro, la lenta salida del trance orgásmico.
En medio del asunto, Marcos ya estaba acomodándose al lado de Sabrina y rodeándola con un brazo, la acercó hacia él.
Sabrina se dejó correr, sintió un beso de Marcos en su hombro derecho, pero no lo miraba más, sino que mantenía la vista fija en la pared.
Entonces, Marcos lo notó.
Volvió a besar a Sabrina, esta vez en el cuello, y fue ascendiendo lentamente hasta el lóbulo de su oreja.
Sabrina seguía sin prestarle atención, así que Marcos susurró en su oído:
-No estés enojada, ¿si? Fue un accidente… Seguís tomando las pastillas, ¿no?
Sabrina giró su cabeza a un lado, Marcos se elevaba sobre su hombro, con una mirada entre enojo y vergüenza, le dijo:

-Sí… Pero no es eso. Eso me gustó.
Marcos abrazó el cuerpo de Sabrina y le dio un beso cariñosamente.
-Decime qué te molestó entonces… Por favor…
Sabrina lo miró fijamente un segundo y luego desvió su rostro.
Marcos entendió.
-Acabé muy rápido, ¿no? Es eso, ¿no?
Sabrina se ruborizó, volvió a mirarlo, enojada, y después contestó:
-Sí.
Marcos se alejó de la cama de un salto, molesto consigo mismo. No era la primera vez que le pasaba.
Con Sabrina ya era como la quinta.
De pie, sus rodillas contra el respaldo de la cama, señaló a Sabrina.
-Vos tampoco me ayudás mucho.
Y la mirada de enojo volvió sobre Sabrina.
-No te hagas la víctima, ¿querés?
-no me hago la víctima. –Se defendió Marcos. –Pero podrías moverte un poco vos también…
-Eso no tiene nada que ver. Yo me muevo. ¿O no me estaba moviendo recién?
-Sí… sí…
Marcos, se desmoronó el argumento.
-Igual, podrías ayudarme dejando que hagamos nuevas cosas…
-¿Cómo qué?
Marcos regresó a la cama y volvió a rodear a Sabrina con un brazo en cucharita.
-No sé…
Marcos apoyó sus caderas sobre la espalda de Sabrina. Ella sintió el roce del pegoteado globo de carne desinflado de Marcos, pero no dijo nada. Pero le gustaba.
-¿Qué se te ocurre a vos? –Preguntó Marcos, en un susurro, su oído.

Sabrina sonrió.
-Me gustaría usar el juguete de goma… Pero usarlo yo…
Marcos la miró, sorprendido. Pero no le agradaba la idea.
-No me parece. Mejor algo que disfrutemos los dos.
-¿Por qué? Vos ya disfrutaste…
-Ah, claro. Entonces, ¿sería algo así como un castigo?
-Como una penitencia. –Sabrina abrió los ojos. –Te rompo el culo.
Se miraron un segundo, y no pudieron evitar sonreír. Pero a Marcos se le escapó una carcajada y Sabrina se mordió su sonrisa para demostrar cuán en serio hablaba.
-Y yo quiero quemarte la cara con ácido. –Le dijo Marcos. –Digo, ya que vos me querés hacer sufrir…
Sabrina volvió a cara de enojo, y se alejó de Marcos, a la otra mitad del colchón.
-Pero, Sabrina…
Ella se quedó en silencio, mirando la pared, por un momento no se dijeron nada.
Sabrina vio sacudirse las sábanas con las que se cubrías, miró hacia atrás un segundo.
-No seas asqueroso, ¿querés?
Marcos intentaba ponérsela dura con la mano.
Se acercó a Sabrina y volvió a abrazarla.
-Lo estaba haciendo para vos… Ahora te vuelvo a atender, amor.
-No. –Sentenció Sabrina seriamente. –Te merecés la penitencia.
Muy bien. Ya no se podía discutir. Cuando a Sabrina se le metía algo en la cabeza esa inútil resistir.
-Bueno. –Murmuró Marcos, rendido.
Sabrina se acercó hasta el placard, cubierta con la sábana, y extrajo un pene de goma.
-Y el lubricante. –Recordó Marcos desde la cama.

Sabrina se acercó con ambos, uno en cada mano.
Sabía cómo hacerlo.
Embadurnó en lubricante el pene de goma y, sin más preámbulos, apuñaló el ojo anal de Marcos.
Él estaba en cuatro patas, pero en cuanto sintió la presión atravesar su ano sin dilatar, perdió el equilibrio y se dejó caer sobre el colchón.
-Me duele. –Se quejó, haciendo una mueca de disgusto. –SACÁMELA.
-AGUANTATE. –Ordenó Sabrina.
Enterraba y desenterraba sin piedad el pene de goma. Marcos sentía un ardor terrible, insoportable. Entonces, abandonó su postura sumisa y sorprendió a Sabrina en las muñecas.
Su rostro tenía dibujada una sonrisa de placer. De placer ante el sufrimiento de Marcos.
-¿Así que te gusta hacer sufrir, putita?
Sabrina continuaba esgrimiendo una sonrisa bobalicona, perdida en placer sádico.
Marcos le quitó el pene de goma con una mano y, un segundo después, la derribó boca abajo sobre el colchón.
-Así que a vos te gusta hacer sufrir… -Resopló Marcos.
El culo le ardía todavía, pero desde que Sabrina se la metió, la verga se le había comenzado a poner dura. Y ahora, mientras Sabrina se sacudía bajo él, su pija se endurecía y latía, lista para vengar el ultraje reciente.
Marcos la condujo con sus manos hasta la circunferencia trasera de Sabrina. Le apoyó la punta y sus manos separaron sus glúteos.
Creo que a uno le dio una palmada.
Y se enterró, completamente, en el interior de Sabrina.
Ella jadeó de dolor, no le gustaba en absoluto.

-SACÁMELA, HIJO DE PUTA. –Se quejó ahora ella, con una mueca dolorosa. –ME DUELE, HIJO DE PUTA.
Sabrina se sacudía, pero Marcos la tenía apresada. Y con cada movimiento brusco de Sabrina, la verga se le iba enterrando más profunda.
-Así que te gusta hacer sufrir… -Repitió Marcos. –Yo te voy a mostrar lo que es sufrir…
Sabrina no lo escuchaba, sentía la presión en su ano sin dilatar y emitía quejidos.
-¿POR QUÉ NO TE MOVÉS? –Preguntó Marcos socarronamente. -¿No dijiste que te quedabas con las ganas? ¿Por qué no te movés? ¿POR QUÉ NO TE MOVÉS? ¡DALE! ¡MOVETE!
Marcos sacudía su pelvis hacia adentro y hacia afuera, frenéticamente, Sabrina se echó a llorar de dolor.
-NO TE HAGÁS LA VÍCTIMA. -Aulló Marcos sin dejar de moverse. -¿QUERÉS QUE TE MUESTRE ALGO PARA QUE LLORES?
Pero Sabrina no lo escuchaba, lloraba con chillidos mientras Marcos se sacudía encima de ella.
Marcos le a iba a dar motivos para llorar.
Dolor, dolor de verdad.
Bajo la cama guardaba un machete, por si las dudas, a la noche el barrio se había puesto peligroso.
Sosteniendo aún con más fuerza la cola de Sabrina, Marcos se arrastró hasta el machete.
Extendió lo más que pudo su brazo izquierdo.
Sintió el mango de madera y enseguida lo atrajo hacia él.
La carne rosácea de Sabrina se sacudía, atravesada con más y más violencia.

Sentía el choque de los testículos como un latigazo, el entrar y salir en su ano le provocó un ardor espantoso, sus lágrimas caían sobre el colchón, se quejaba con los ojos cerrados, con chillidos de dolor.
-YO TE VOY A ENSEÑAR QUÉ ES EL DOLOR. –Gritó Marcos, levantando el machete sobre Sabrina.
En un abrir y cerrar de ojos, ella vio la sombra. Pero por el dolor, alcanzó a reaccionar cuando ya era tarde.
Marcos ascendió y descendió el machete sobre el antebrazo de Sabrina, separando la carne y el hueso, a la vez que volvía a descargarse sobre el cuerpo de ella.

EL CONFORT DE SENTIRSE MAL

Ana se despertó a las ocho. Como lo hacía de lunes a viernes. Calentó el agua para el mate cantando una canción de la radio y zarandeando sus caderas de aquí para allá, alegre.
A las ocho y media recién logró despertar a Julián. Como de lunes a viernes. Justo a tiempo para sacar el auto y llevarla al trabajo.
Ana dio clases hasta el mediodía, tal como lo hacía de lunes a viernes. Volvió en remis, Julián estaría trabajando hasta las siete, seguramente.
El remisero era un tipo joven, y la simpatía de Ana no tardó en animarlo a dar paso al instinto.
Unieron sus cuerpos, con frenesí y deseo, en casa de Ana.
Quince minutos después, el remisero volvía a la agencia. Como caballero que era, le había hecho un descuento a Ana.
Mientras tanto, ella se dejó estar. Semidesnuda en la cama, sus pechos inmensos al descubierto y su ropa interior desparramada en el suelo.
Y todavía sentía ganas.

Le hubiese gustado un encuentro más prolongado. Y más le hubiese gustado que Julián la atendiese.
De última, a que no la acaricien estaba acostumbrada. Y que actúe con la misma velocidad con que había actuado el remisero, también.
Ana abrió sus piernas, firmes columnas sustentando el templo del deseo, y comenzó a masajear su clítoris. Lentamente, con el dorso de su mano primero, luego presionando sus dedos índice y mayor allí donde sentía el cosquilleo.
Evocaba la imagen fresca, los ojos cerrados del remisero.
Recordaba los recientes muslos encimadas sobre ella, las manos ásperas que se habían aferrado a sus caderas…
Y, enseguida, su imaginación regresó al rostro de Julián.
Y al cuerpo de Julián, que tanto le gustaba, con su abdomen firme, bien marcado, descendiendo una y otra vez sobre la suavidad de su vientre.
Lo extrañaba. Lo necesitaba.
Evocó el rostro de su marido, serio y seguro, como cada vez que la penetraba. Con mucha suerte, ocurría los sábados o en la madrugada del domingo.
Introdujo dos dedos en su vulva y comenzó a mecerse lentamente.
Sin dudas, Julián era el hombre de su vida, quien más le atraía, el único que poseía su corazón.
Comenzó a gemir, suavemente, casi un ronroneo, y giró la cabeza a un lado.
Entreabrió los ojos y, para su sorpresa, Julián entraba en la habitación.
La saludó con un beso en la mejilla. Ana lo tomó del brazo, lo acercó a su lado, apretó su mano y lo obligó a apretar sus endurecidos pezones.
Julián sintió la textura. Luego miró a su mujer, consternado.

-Ahora no, tengo práctica, ¿no te acordás? Es miércoles.
Julián habló con suavidad, pero sin perder mucho tiempo en desprenderse de Ana. Ella lo miró un segundo, sólo eso, y se dejó caer con los ojos cerrados sobre el colchón.
Su imaginación la llevó a costas más lejanas, intentando distanciarse lo más posible del ruido que hacía Julián mientras buscaba el uniforme de básquet.
A Ana le parecía que el fin de semana no iba a llegar nunca.

NUNCA ES DEMASIADO TARDE PARA CREER QUE NUNCA ES DEMASIADO TARDE

La historia de cómo un tipo acaba en una celda, cubierto de golpes y sangre, vomitando rojo y con hedor a orines sin dudas no es digna de la gente decente, la gente buena.

Uno de los mensajes de Fabián: *el universo entero es energía.*

Ahora, otra obviedad. Fabián y yo crecimos juntos. Mejores amigos.

Otro de los mensajes de Fabián: *la naturaleza del cosmos está hecha para ser admirada.*

Estudiamos bellas artes juntos. Ninguno de los dos alcanzó siquiera a culminar el primer año. Conserva de aquellos días la cicatriz que se hizo al resbalarse, borracho, sobre las abandonadas vías del tren.

Ahora sonríe y la marca se ensancha en su mejilla. Pero no le da aspecto de mal tipo, claro…

Conocimos a Romina poco después de aquella caída. Menuda, simpática, ultimo año. Preparaba una tesis sobre el Renacimiento. No me acuerdo mucho de aquel año.

Nos la presentó un primo de Fabián, diseñador gráfico, que nos hacía la onda de faso.

En retrospectiva, una competencia feroz de adolescentes. Por ese entonces empezamos a distanciarnos. Ocupaba mi tiempo buscando excusas para cruzarme con Romina.

En la biblioteca, en el patio, en el salón de asambleas…

En la azotea de la facultad alguna vez la encontraba. Pero Fabián ya estaba ahí. Me había ganado.

Romina soltaba una pitada al aire, señalaba el cielo…

Mirá…

Fabián sonreía, como que la comprendía…

Es como una moneda…

Me sentaba a un costado, me invitaban cordialmente. Espacio de tregua. El humo del consuelo.

…desde que las nubes existen, sus formas cambiantes sedujeron la imaginación de los hombres…

No escucho el discurso de Fabián. No necesito hacerlo. Ya lo escucharé después. Largos y largos años.

En radio, en televisión. Un programa inspirado en un libro. *Rompiendo las cadenas*.

Después de dictada mi condena tuve mucho tiempo para oírlo. Una y otra vez.

Kozumi, decía Fabián. *Kozumi* esto, *Kozumi* aquello…

No había cambiado mucho. Usaba camisas más claras. Había culminado el tiempo de luto.

Fabián explicaba:

…es una disciplina milenaria de origen chino…

¿De dónde sacó todo eso?

…el movimiento de la naturaleza… como humanos somos simples espectadores…

Fabián tiene una sonrisa amable. Cuando quede afuera espero no cruzarlo. No sabría qué responder si me pregunta qué vi en Romina aquella tarde para empujarla de la azotea.

LA APUESTA

Panizza miraba muy tranquilo, desde una esquina. Unas cuantas fichas verdes de forma rectangular habían sido depositadas en el medio del paño.

El viejo Vega miraba toda la escena, con detenimiento. Panizza era un charlatán, un estafador, no le caía muy bien, pero a pesar de todo se tenían mutuo respeto. Siempre se saludaban cuando se encontraban en la barra. Alguna vez se estrecharon las manos.

Vega conocía bien las mañas de aquel colega, su devoción por la ruleta, su fanfarronería ante la azarosa victoria. Por lo general, primero se clavaba un whisky en la barra y después empezaba echando de a poco fichas circulares.

-Dos vicios, nada más tengo, don Sergio –le dijo una vez. –Dos: La bebida y el juego. Y mientras no me falten no molesto a nadie.

Panizza tenía la mitad de su edad, pero ese tipo de arengas le molestaban. Sabía, no obstante, que muchos individuos de la barra simpatizaban con él. Alguno hasta cayó en una estafa.

Que tenía noimportaqué producto, a la mitad del precio, por un tío que trabajaba en la aduana…

…Pero de esto no se tiene que enterar nadie…

…Acompañame en tu auto…

…Esto es con plata en mano…

Otros admiraban su coraje, en silencio o de manera desaforada, de acuerdo a la hora al estado de ánimo de aquellos que solamente oían las monedas caer sobre la barra en pos de otra bebida.

Y el viejo Vega sabía que entre esos tipos había uno silencioso que le pasaba cierta información.

Era sabida la historia de que la suerte es mucho mejor si la arma uno, pero, ¿y si son otros los que la arman por nosotros?

Y además, ¿con qué oscura intención lo harían?

Vega no tenía respuesta a esta última pregunta, pero había visto varias veces a Panizza hablar con un tipo de traje de seda en una de las mesas del fondo. Vega empezó a tenerlo más en cuenta cuando notó que después de estas breves reuniones, Panizza hacía una fuerte apuesta, ganaba y se retiraba.

¿Quién era aquel hombre?

Sospechaba que alguien del mismo casino, a lo mejor un encargado de hacer que "el dinero gire", o quizás un mero empleado que Panizza chantajeaba. Tal vez tenía algún video de una cámara de seguridad. Capaz que tenía cautivo a algún familiar de ese empleado.

-O en una de esas es el Diablo –replicó otro que dejaba caer su vaso sobre la barra. Vega lo miró de reojo. Era un crupier. O al menos vestía de crupier. Le sonrió. –Deje de pensar tonterías y juegue, que para eso estamos.

Vega se fue acercando lentamente a la ruleta, estudiando los movimientos de Panizza. Serio, en silencio, el vaso depositado a su lado, sereno. Y había colocado tres mil en un pleno. Demasiado evidente. Vega manoteó las pocas fichas que quedaban en su bolsillo y las colocó en la misma ubicación.

No va más.

El vértigo mientras la bolilla gira sacude las células, se siente uno agitado. Vega miró su apuesta. Todo su sueldo del mes, novecientos.

Si llegaba a ganar… La ruleta pagaba siete veces sobre la apuesta… Panizza no iba a perder… Todo encajaba…

Su ritmo cardíaco ascendió a las nubes. El vértigo común de la ruleta no le previno cuando cayó al suelo y le pareció común sucumbir al mareo. De repente, sintió que se asfixiaba.

Menos de un minuto.

MUNICIPAL

Los hombres de la calle descansan a la sombra de un árbol. Caluroso verano. 1992.

Es el mismo año para todos ellos, excepto para uno.

Se secan el sudor de sus frentes, hacen girar un termo con cerveza dentro. Sus camisas de trabajo, gruesas, las cubre el polvo.

A la sombra de un árbol.

Lentamente empiezan a moverse. Destino, el surco entre la calle y la vereda. Una cañería.

Los observa lentamente un auto. El capataz.

Los hombres de la calle agarran una pala, un pico. Buscan hacer algo.

Los observa lentamente. El auto frena.

Uno de los hombres de la calle orina despreocupadamente, a la vista de todos.

Niños, ancianas y demás animales curiosos desvían sus miradas del impúdico hombre de la calle. Sostiene su miembro, expele el líquido.

El hombre de la calle eructa. Pedorrea. El capataz lo toma por el hombro y lo gira. La orina del hombre de la calle le empapa los pantalones.

Ninguno dice palabra. El capataz lo mira fijo. Finalmente, le pregunta ¿Qué te pasa?

El silencio.

El flujo de orina cesa, pero el hombre de la calle permanece exhibiendo su miembro laxo.

Entonces, de golpe.
Empieza a cantar una cumbia, así, con todo abajo. El capataz ordena a otros hombres de la calle que se lleven al tipo a su casa, que se lo entreguen a su mujer, que ella sabría qué hacer.
Pero no era así. Y el capataz lo sabía.
Porque si ese tipo estaba ahí, entre los hombres de la calle, era por acomodo con el gobernador. Sin embargo, su ineptitud para cualquier puesto lo terminó arrastrando a esta conveniente rutina. El tipo era un desastre, le encantaba beber.
El capataz lo sabía.
Sin embargo, su tarea es tan sencilla. Simplemente observar que los hombres de la calle trabajen un poco cada día. Y buena parte del tiempo parece que realmente lo hacen.
Así que, ¿por qué complicar todo?
Elevar un informe que no sería leído, para transferir al hijo del político a otro puesto… No.
A sus órdenes estaba bien, se dijo el capataz. De paso hasta compensa cierto sentimiento de inferioridad cuando ese hombre de la calle se equivoca.
Y, por eso mismo, permitirá que la escena se repita.

TERCERA PARTE:

DELIRIOS DEL MARISCAL

GUANTÁNAMO

Estar en la cárcel de Guantánamo es lo peor, Jalid lo sabe muy bien. Se despierta por la mañana dentro de un cuarto hermético donde no se filtra ni luz ni humedad. Es como estar en una caja. Un catre atornillado a la pared culmina con la decoración. Nada de objetos personales, ni un rastro de su identidad. El uniforme lleva un número que no consigue ver porque allí no hay espejos. Aislado del mundo y solamente atendido por fríos guardias de seguridad fuertemente armados, que dan órdenes a gritos y empujones. Los odia. El odio es recíproco. Lo llevan a la sala de interrogatorios. Un soldado le hace las mismas preguntas y rememora, por enésima vez, el modo en que cometió su operación, el soldado lo detesta, se siente profundamente ofendido en su orgullo nacionalista y lo golpea. Jalid está acostumbrado. Siente el golpe rebotar en su pómulo y luego el adormecimiento en el rostro. Así fue como casi perdió un ojo en un interrogatorio previo. Al principio, lo negó todo. Lo mantuvieron despierto más de ciento ochenta horas. De momento había sufrido unas ciento ochenta y tres simulaciones de ahogamiento. Al final, no dijo más que lo necesario, solamente se refirió a lo que había hecho y, desde entonces, se complacían en hacerle rememorar el hecho constantemente, en pos de una grieta en su versión. El resto del tiempo, confinamiento. Era la persona más despreciable, él, un sencillo ingeniero mecánico, pero ese era el destino que le había impuesto Alá en su misión por doblegar ese Occidente turbio y diabólico. Cuando se queda sólo en su celda, Jalid se pone de rodillas al suelo y se lamenta no tener noción de la hora ni de los puntos cardinales. Comprueba allí la crueldad de aquellos siervos del mal. Solamente el poder de la oración puede ponerlo en contacto con Alá, y ora con devoción, constantemente, su voz se eleva a través de los

muros, y los guardias entran en la celda, lo golpean, lo dejan sangrando en el suelo, y él comienza nuevamente con su rezo. Los guardias vuelven a entrar, esta vez le inyectan un sedante. Lo odian, no quisieran matarlo. No quieren, tampoco, que pierda la cordura, que se vuelva loco. Los otros dos que vinieron con él, perdieron la cabeza. El primero, sufrió depresión y trastorno de estrés post traumático; el otro, esquizofrenia. El aislamiento y los métodos de interrogación acabaron por doblegarlos. Constantes intentos de suicidio. Lamentos ahogados en lenguas musulmanas implorando el perdón de Alá por haber cometido la traición de revelar lo que sabían. La desesperación era acompañada de alucinaciones donde se les presentaba una forma oscura semihumana, un espíritu del mal, y los lamentos, de pronto, se volvían gritos trastornados de puro terror y llanto. Pero Jalid tenía un espíritu más duro. Soportó cada uno de los golpes, sin perder por un segundo la fe en Alá, y esto acabó preocupando a sus carceleros. Llegaron agentes de la CIA, lo sacaron de su celda, lo acomodaron, lo llevaron al cuarto de interrogatorios una vez más, lo encadenaron al suelo, le ofrecieron té y galletas. Los agentes no lo notaron en malas condiciones. Habló coherentemente durante horas sobre recuerdos de su infancia y familia. Pese a lo atroz de su crimen, lo notaron como un ciudadano más. El asunto de la religión, claro, les disgustaba, pero estaban en un país libre y todo aquel que no lo entendiera así, bien podría terminar en una celda diminuta como una caja. Claro, ese había sido el crimen de Jalid. Pero los agentes de la CIA comprendían que tras esa postura fanática y fundamentalista musulmán había un ser humano. Y, si bien el interés del gobierno por Jalid había menguado en los últimos años ya que otras atrocidades habían sido cometidas, resolvieron concederle cierta atención especial. Particularmente, claro está, para que no se volviera loco. El psicólogo del grupo notó que el prisionero

necesitaba alguna distracción, cumplir alguna función basada en aquello que mejor conocía. Ex ingeniero mecánico. Terrorista, autor intelectual de los atentados del 11 de septiembre. Acordaron, en la reunión, que Jalid le repararía una aspiradora que tenía averiada uno de los agentes, que lo trató con respetuosa humanidad. Por supuesto, todo fue un pretexto. Jalid los odia. El odio es recíproco. Lo de la aspiradora es una fachada interesante, que los agentes de la CIA aprovechan para mantener su cerebro ocupado. Desde el Pentágono no se sabe más qué decisiones tomarán con respecto a su destino. De seguro tendrán un plan. En aquellas circunstancias, la pena capital desde luego. No saldría vivo, ya no. Pero lo que ocurre a continuación se vuelve más interesante. Le facilitan herramientas (una vez comprobado que Jalid está cuerdo y para nada dispuesto a autolesionarse), destornilladores, unas pinzas de distintos tamaños, y hasta un pequeño multímetro digital de última generación. Jalid repara la aspiradora en su celda diminuta, acompañado de rezos del Corán. Sabe que trabaja para la gloria de Alá. Y Alá tiene un plan. El ingeniero pone todos sus conocimientos en juego. Pide una prórroga argumentando desperfectos y solicita permiso para intervenir el artefacto y hacerle unas mejoras. Los favores le son concedidos. Jalid agradece abiertamente a Alá. Todas las noches, recibe visitas de la guardia nocturna, golpes y hasta simulaciones de torturas para entrenar a los recién llegados. Durante el día, Jalid repasa cada una de las partes de la aspiradora. La abre entera, con los dedos magullados, siente dolor cada vez que utiliza sus herramientas, pero Alá le infunde fuerzas. Alá tiene un plan. Por eso mismo lo ha dotado de conocimientos, por eso mismo lo ha puesto en aquel infierno fortificado, por eso mismo le había presentado aquel artefacto y había fortalecido su espíritu recordándole quienes eran los que constantemente intentaban corromper su propia fortaleza. Habiendo

llegado tan lejos, Jalid sabe que no tiene vuelta atrás. Y así es como retira y luego vuelve a armar cada una de las piezas del artefacto doméstico, con frialdad y precisión, recordándose a sí mismo cuan bueno era en su profesión. El botón de encendido, ahora es un detonador. Y la bomba de aire dejará de succionar, sino que se volverá una pequeña pero potente granada de plásticos. Soporta las golpizas nocturnas con paciencia, pasan tantas que Jalid pierde la cuenta. Finalmente, los agentes regresan, y Jalid se reúne con ellos. Encadenado al suelo, depositan la aspiradora modificada a escasos centímetros de él. Jalid se muestra tranquilo, sereno. Tiene un labio morado, pero los agentes no le hacen ninguna pregunta al respecto. Vuelven a ofreerle té y galletas. Le preguntan por la aspiradora, y les contesta que sí, que pudo repararla. Después, tienen una larga conversación sobre la infancia de Jalid, cálida y amena. Los agentes sonríen, comprueban que su psiquis permanece estable. Está más cuerdo, inclusive, que muchos de los guardias de seguridad. Cambian de tema, cambian de lengua. Uno de los agentes le pregunta cosas en musulmán con respecto a su religión. Jalid responde cortésmente, en su lengua, una cita del Corán sobre la que se le ha preguntado. El agente sonríe y vuelven a cambiar de tema. Hablan ahora en inglés, sobre los estudios de Jalid. La conversación culmina cuando vuelven a hablar sobre la aspiradora. Jalid les cuenta que la ha modificado levemente. Le había eliminado el molesto cable que poseía. Los agentes sonrieron. ¿Cómo que le había eliminado el cable de alimentación al artefacto? Comprobaron lo dicho por Jalid, así era, le había removido el cable para la entrada de corriente. ¿Y cómo funcionaría? Jalid repuso que había conseguido que el artilugio generase su propia fuente de energía. Nuevamente, los agentes sonrieron. La incoherencia del prisionero delataba la locura. Jalid sonrió a su vez y les dijo que era la verdad, que había aprendido en

los primeros años del instituto. Los agentes siguieron sin creerle. Pero Jalid no insistió, los miró a su vez con ironía, como si los idiotas fueran ellos. Claro que no lo eran. Ya lo sabían todo. No entendían cómo funcionaba, claro, pero era bastante obvio. Jalid respiró profundamente, y en un abrir y cerrar de ojos se puso de pie y se estiró hasta alcanzar la aspiradora. Sintió un tirón, un desgarro, bajando desde sus omóplatos hasta su cintura, pero no importaba, era su única oportunidad de cumplir con los objetivos de Alá, su única puerta de entrada al paraíso. Lo observaron llegar al artefacto sorpresivamente, solamente tuvieron tiempo de cubrirse y echarse al suelo. Jalid oprimió el botón de encendido. Hubo una explosión y una llamarada entre roja y azul, esquirlas de plástico volaron en todas direcciones, los agentes cayeron en distintas direcciones, heridos. El cuerpo de Jalid permanecía inmóvil, el brazo con el cual había encendido su bomba, ahora era un trozo negro y rojo como una rama seca. Todavía respiraba. Agitadamente. Boca abajo. Murmurando constantemente lo que serían sus últimas palabras. Allah'u Akbar.

EL FIN NO ES EL FIN

Hablábamos.

Yo también le dije que alguna vez creí que el mundo se iba a terminar. Pero no hay fantasmas en su casa.

Imaginaba el fin del mundo como el fin del dinero. Del valor del dinero.

Otros lo prefiguraban como la destrucción total de la raza humana por un virus, alguna enfermedad terrible.

O con el final de las gaseosas, y una posterior masacre.

Tal vez un agujero negro, procedente del espacio, nos lleve a todos.

O una guerra nuclear.

A lo mejor, el sol va a explotar.
O será un evento silencioso, y ensordecedor. De paz absoluta.
O quizás la naturaleza nos va matar. Cuarenta y cinco grados en verano y un tercio de la población mundial ya murió a causa de los deshielo.
El mundo se consume de a poco, eso lo vemos día a día.
Si no, un meteorito atraviesa la tierra haciéndola reventar en mil pedazos...
Se acabaría el mundo por un lado estallando, pero por otro lado, se acabaría antes de ese estallido, cuando nos convirtiésemos en teléfonos celulares con patas.
En todo caso, el día que llegue el fin del mundo no va a haber humanos porque ya estarían muertos por no soportar el excesivo calor y las catástrofes naturales, producto del sobrecalentamiento global.
Los humanos serán la última destrucción de la tierra. Con todo su odio, avaricia y guerras, la tierra se está echando a perder. La convierten en una especie de bomba a punto de estallar.
Hay quienes creen que el mundo se va a ir deteriorando de a poco por la contaminación y la destrucción que nosotros vamos generando.
Sobre un pequeño escenario una joven de pelo corto sostiene un papel con una mano y recita:

Va a llover mucho
-como ahora-
y se va a inundar todo
y vamos a morir

Pero es posible que acabe yo antes que el mundo.
Si se acaba con una gran inundación o de ultima si cae un meteorito bastante grande…

A lo mejor, acaba en un suspiro.
O a los gritos.
Como una mujer.
Aunque ella es de las que creen que el mundo no acabará jamás.

XIME

Mi nombre no importa. Si quieren, llámenme, El Nostálgico. Porque eso es lo que soy. No me atrevo a definirme de otra manera. ¿Quién lo haría?
La tristeza se originó en Ximena. Desde nuestros inocentes juegos infantiles, no pude apartarla.
En el campo del abuelo. Correteábamos lejos por las tardes del domingo.
Nos escurríamos hasta una vieja tapera. Era peligrosa, nos dijeron.
Poco nos importó.
Se desprendía el lazo de su vestido y me ataba las muñecas y los tobillos. Me obligaba a arrodillarme. Me golpeaba con alguna varita.
En la espalda.
En la nuca.
En los glúteos.
En las piernas.
Rítmicamente amenizado por su angelical sonrisa.
Recuerdo, la primera vez me había asustado mucho. Me había echado a llorar.
Al final, ella acarició con sus finas uñas mi cuello y sentí un escalofrío en todo mi cuerpo.
Tenía los ojos cerrados.
Sentí sus labios, por primera vez, pero no los vi.

El juego continuó. Varios años. Al final, esperaba ansioso esas uñas ahora adolescentes en mi cuello. Ese dulce beso de ninfa al final.
Un verdadero alivio.
Yo tenía quince años cuando falleció el abuelo. Ximena, diecisiete.
La casa la heredaron sus padres. El mío no se opuso, mi tío alquilaba un departamento en el centro lleno de humedad y goteras. Fue justo.
Por mi parte, la noticia me alegró. Ver más a Ximena era lo que anhelaba.
Pero de algún modo, las cosas habían cambiado. Tener cerca de sus padres, la falta del abuelo, esas fueron apenas un par de cosas que la cambiaron.
Había crecido, se fijaba en otras cosas.
Yo pensaba en sus uñas, que cada vez se alejaban más de mí.
Varios domingos sucedieron sin volver a encontrarnos. La cercanía no brindaba excusas para no acercarse, así que no comprendí la distancia autoimpuesta por Ximena.
Decidí, finalmente, presentarme en su casa un domingo.
Al almuerzo.
Mis tíos no dijeron que no, por el contrario, accedieron muy contentos.
Debí haber interpretado aquel mal augurio.
En la vieja casa del abuelo, Ximena charlaba muy animosamente con un muchacho joven. Nos presentó. Uniendo nuestras manos para estrechar el saludo.
-Egeo -Dijo, con una tonta sonrisa.
No le pregunté su apellido. A estas alturas no me importaba.
Quería volver a casa de inmediato.
Tuve que controlarme sin embargo, y soportar el almuerzo y la sobremesa, las sonrisas cómplices de Ximena y su nuevo compañero.

Como cada vez que enfrentaba un desafío, mi apetito se abrió. Y la consecuencia de esto, solía ser un cansancio del que no me podía desquitar. Me quedé a dormir la siesta, en el cuarto de huéspedes. Pero no pude dormir siquiera quince minutos. Vi, a través de la puerta entornada, la furtiva sombra de Ximena y el otro, saliendo al exterior.
Mi curiosidad no pudo más. Desde la ventana, los observé perderse en los amplios campos que habían sido del abuelo.
Maldije el amor, y maldije la unión de ellos dos, con todas mis fuerzas.
Luego de razonarlo un poco, dije, No durará.
Y pensé en lo jóvenes que eran, Egeo tendría unos veinte años, pero la camisa y el pantalón de vestir del domingo no me inspiraban confianza a la hora de apostar en la duración de la relación.
Es cierto que Egeo parece un tipo muy centrado… Lo había notado en el almuerzo.
Pero Ximena.
No podía ser así. No podía quedarse sin aquellos encuentros.
A través de la ventana, viéndolos alejarse, y maldiciéndolos, no pude dejar de pensar.
Las uñas.
Volvieron tomados de la mano. Y así continuaron un buen tiempo. Mis cálculos juveniles habían sido erróneos.
Los observé de reojo en la Iglesia, cuando ante el altar dieron el sí.
Por cierto que la amaba. Sentía mi piel erizarse. Recordaba los golpes y la caricia final antes del beso. El punto medio antes del final.
Las uñas.
Quousque tandem, abutere patientia nostra?
Pero me contuve. Me contuve.
Y los felicité a ambos con una sonrisa, mientras no dejaba de pensar.

Las uñas.
Las soñé varias noches. Cada parte de ellas, hasta la fragilidad de sus cutículas. La mayoría de las veces se volvían pesadillas, recordando las viejas historias de los Cudúes. Criaturas de pesadilla que asolaban a los viajeros en ciertas islas del Uruguay. Clavando sus uñas.
Comencé estudios en antropología, y así tuve la excusa para mudarme muy cerca de la localidad donde se encontraba Ximena.
Aproveché la primera oportunidad para llamarla y arreglar una cita.
El llamado la sorprendió. Argumentó estar muy ocupada aquellos días, que la volviese a llamar.
Que no descuide mis estudios.
Como era de esperarse, la volví a llamar.
Esta vez, la noté más amable. Arreglamos un encuentro en una cafetería.
Me sentía incómodo en el lugar. Me pasaba nerviosamente las manos por los jeans. Veía los precios. Debía pagar por el mero hecho de estar allí.
Había llegado una media hora antes.
Finalmente, pedí una gaseosa.
Al tiempo la vi llegar. Se acercaba esbozando una espléndida sonrisa.
Besó mi mejilla sin que yo alcanzara a ponerme de pie. Puso una mano sobre mi hombro y no me pude resistir.
Tomé su muñeca con fuerza y en un frenesí los arrastré por mi rostro.
Sentí los surcos forjarse en mis pómulos.
Repetí el movimiento, volviendo a hundir las uñas sobre mis heridas.
Ximena, tenías los ojos abiertos como platos.
Inmóvil, me dejó observarlas un momento. Se conservaban perfectas, intactas.
Las hundí en mi cuello y las arrastré hasta mi pecho.
Debo pedirles que se retiren.

El mozo.
Con mis ojos en llamas le lancé la botella de gaseosa. El vidrio estalló en su rostro.
Hubo un tumulto. Me denunciaron. Llegó la policía.
Cuando declaré, lo explicó un doctor amigo de papá. Tuve un brote psicótico. Las heridas auto inflingidas daban clara señal al respecto.
Me derivaron al Robayo. La gente no es tan mala.
Quizás mi reacción con el mozo no había sido la correcta.
Pero Ximena… Las uñas…
Pronto saldría. De seguro la volvería a ver.
Nada podría impedirlo.
Las uñas…

UNAS GOTAS DE SUDOR EN LA FRENTE

Gustavo.
A pie bajo el sol.
Alejándose de la ciudad, de repente todo se volvió campo.
El pavimento se hizo tierra mucho antes que las casas desaparecieran, reemplazadas por largas verjas primero, luego por extensos espacios naturales.
Y el camino de tierra se fue haciendo más angosto. Un sendero.
Parecía no tener fin.
Gustavo avanzaba. Decidido. Consultó la hora en su reloj digital. Estaba cerca de las tres. No falta mucho más, se dijo, más que nada para darse fuerzas.
Encima de él, el sol resquebrajaba la tierra.
Buscó una cantimplora en su mochila. Hacía horas la había vaciado.

A mediados de enero y con esas temperaturas, ni siquiera llegó a percibir las gotas restantes en sus papilas.
Sabía bien de la sequía que se había declarado en la zona, sabía de lo peligros de exponerse al sol.
Pero podría ser peor, podría estar en La Pampa…
Pero esos no eran lugares para aquel que buscaba.
Siguió avanzando, en línea recta. El camino rasposo se volvía un surco rodeado de altos pastizales.
Gustavo pensó por un segundo en las víboras. Se preguntó si las botas realmente le brindarían alguna seguridad.
Ya le había pasado. Mucho, mucho tiempo atrás.
Recordaba la fiebre, caer al suelo. Había sido en enero. No recordaba la fecha exactamente. Tenía la cicatriz de la mordedura, de esas que no se quitan con el tiempo. Había dormido varios días entonces.
Y recordaba la borrosa silueta de quien lo había salvado.
Volvió a mirar su reloj.
Eran exactamente las tres.
Creyó percibir un movimiento a su costado y miró en dirección a unas osamentas desparramadas en el suelo.
Sobre una de éstas se hallaba sentada una anciana. Lo supo por el viejo vestido que llevaba, de tonalidades amarillentas, desgastadas.
Gustavo levantó la mano en señal de saludo.
La anciana respondió el saludo de la misma manera. Le hizo seña de que se acerque.
No hables con desconocidos. Una frase vieja que su padre le repetía. Por algún motivo volvía a su cabeza.
No había notado la distancia entre la anciana y el sendero. Cuando miró hacia atrás había avanzado al menos quinientos metros a lo largo de los pastizales.

Bordeó un charco lleno de camalotes, la tierra húmeda se movió bajo sus botas.
Volvió a pensar en serpientes, en las víboras…
La tarde es un momento propicio para las serpientes. Sus necesidades metabólicas estaban satisfechas, cubiertas por la energía solar de la mañana. Entonces salían a cazar, a atacar cualquier enemigo.
Le había dicho su padre, más de una vez, que esas no eran horas de salir a vagabundear por ahí.
Lo había desatendido.
Le habló de la solapa.
Gustavo no era un niño crédulo por entonces, se rió en la cara de su padre.
Pero las serpientes… Las víboras…
Ojala estas botas funcionen.
El denso pastizal se detuvo de repente a unos cien metros de la anciana. Estaba en un claro elíptico, la hierba seca intensificaba el ardor que se desprendía del sol.
Gustavo observó los bordes chamuscados del límite del pastizal. Un círculo negro lo bordeaba.
Avanzó en línea recta, aún mas decidido.
La anciana, su cabeza gacha, escrutando el suelo, seguía sentada sobre la osamenta. Permaneció inmóvil, Gustavo se acercaba.
Cuando estuvo frente a ella recordó algo más que su rostro. El vestido amarillento de aquella vez era exactamente el mismo. Como si aquella anciana permaneciese fuera del tiempo.
-¿Me recuerda? –Preguntó Gustavo sonriendo nerviosamente, la mano extendida hacia su antigua salvadora.
La anciana apenas movió la cabeza a un costado para escupir al suelo. Permaneció en silencio.

Gustavo no pudo contenerse. Estaba contento. Sentía compensados sus esfuerzos. El azote del sol, la larga caminata, habían valido la pena.
-¿Es usted, verdad? –Gustavo preguntó más lentamente, retirando la mano despacio.
La anciana seguía en silencio.
Mirando a su alrededor Gustavo observó:
-Claro que no recuerdo un círculo como éste… Pero sí recuerdo la mordida de la víbora. Y que usted me arrastró hasta un campo. Me sanó. Lamió mi frente con gusto. –Gustavo miró directamente la cabeza gacha de la anciana. –Tenía una satisfacción indescriptible estampada en los ojos, como alguien que sacia un impulso secreto…
Gustavo se pasó una mano por la frente.
-Usted me sanó aquella vez y lo disfrutó. Le ruego haga lo mismo esta vez. Sé quién es usted. Tras la picadura de víbora indagué mucho sobre el tema. No he podido olvidarla nunca.
“La expresión en sus ojos cuando lamía el sudor de mi frente…
La anciana levantó una mano y Gustavo se silenció.
Levantó su cabeza y lo atravesó con una imperturbable mirada inquisitiva.
Gustavo murmuró:
-Cáncer.
Tenía la garganta seca, sus piernas temblaban un poco, quizás por el esfuerzo o por los nervios ante tal petición.
-Ha pasado mucho tiempo… Ya lo sé… Ya no sé qué hacer…
El tono lastimero de Gustavo derivaba en sollozos interrumpidos. Sentía que iba a quebrarse de un momento a otro.
La anciana se puso de pie en un solo movimiento. Se sacudió un poco el amarillento vestido y posó su mano en el hombro de Gustavo.

-Dios sólo me ha dado poder en los niños. –Suavemente apretó un poco el hombro del otro y agregó: -Ya estás grande.
Y tras decir esto, volvió a agachar la cabeza y se alejó con paso tranquilo, hasta perderse en la inmensidad de los pastizales.

MONSTRUX

¿Hablarán de mi los diarios? Supongo que no… Todavía es temprano. Déjenme recapitular sobre lo que pasó acá. Me delataron. Claro que sé que fueron los vecinos. En cierto modo, fue culpa mía. Yo me descuidé. Denme un instante para hacer memoria…
Toda mi infancia fui visitado regularmente por un monstruo bajo mi cama. Lo sentía deslizándose por debajo, y apenas vislumbraba uno de sus tentáculos púrpuras fosforescentes elevarse a la altura de mis sábanas, gritaba. Como un cerdo mientras es degollado.
Aparecían, entonces, mamá y/o papá para consolarme, diciendo que sólo era un sueño… Mentira. Podía escucharlo el resto de la noche, moviéndose, hasta el amanecer, cuando desaparecía.
Tengo mis dudas sobre cómo lograba esto, pero con los años la teoría más coherente se refiere a la posibilidad que se deslice por planos interdimensionales paralelos.
Las apariciones se produjeron por años, pero como no dejaba de gritar en la madrugada, mis padres me arreglaron una cita con el doctor Clonazepam. De cualquier forma, no conseguí dormir. La droga sólo sirvió para dejar de gritar, cubrirme hasta la cabeza con las sábanas y aguardar, inmóvil, los tentáculos del monstruo deslizarse sobre mí. Al final, simplemente cerraba mis ojos al verlo llegar y lo dejaba moverse. Sin embargo, muchas noches lo espié por un segundo… y descubrí que su color no era siempre el mismo. A veces,

púrpura. Otras, verde o amarillo. Pero siempre, siempre, fosforescente.
Hasta que un día me harté de esa molestia. Me había llegado la pubertad, y necesitaba estar sola por las noches, sin ser manoseada por los apéndices de una criatura repugnante. Lo enfrenté.
Ni bien apareció aquella noche, tomé uno de sus tentáculos con fuerza y lo estrujé entre mis dedos. Su textura viscosa no era tan desagradable como creía. Lo quité de debajo de la cama a la fuerza, no sin violencia, y me sorprendí al ver cuán pequeño era en realidad. Completamente de un verde fosforescente, sacudía su cuerpo intentando liberarse. Su rostro anfibio, era una cruza entre sapo y camaleón. Se lo veía aterrado, no dejaba de observar una mueca en mi rostro, una sonrisa retorcida. Como un verdugo de las pesadillas infantiles.
-¿ASÍ QUE VOS ERAS EL MONSTRO BAJO LA CAMA?
En el paroxismo nervioso y temblando, sin saber qué hacer a continuación, le dije:
-¡¡AHORA VAS A SER EL MONSTRO DEL ROPERO!!…
Cerré la puerta del ropero con llave. Algunos tentáculos quedaron sobresaliendo, así que me apoyé con todas mis fuerzas. Mi peso los cercenó limpiamente y cayó algo de su sangre en la alfombra. Desparramé unas revistas para cubrir las manchas y me tiré con una sonrisa en la cama. Llevaba años sin dormir así.
Al día siguiente no recordé lo que había dejado en el ropero sino hasta bien entrada la noche. Probablemente se había estado moviendo, inquieto, pero no había tenido tiempo para oírlo en todo el día. Imaginé que, a lo mejor, habría muerto desangrado.
Por la noche conseguí una bolsa donde meter el cadáver y pensé que lo mejor sería enterrarlo en el jardín, como símbolo de prueba que es

superada. Abrí la puerta, tapándome la nariz por si acaso emanaba la podredumbre, el perfume agrio de la muerte.
Pero el monstruo seguía vivo.
Petrificado, en cuanto abrí la puerta saltó hacia atrás, a lo profundo del ropero. Temblaba. Retraía sus apéndices tanto como podía y los escondía tras su cuerpo. Sus ojos me miraban con espanto. Parecían los de un niño asustado. Pequeño… Y horrendo… así debió haberme visto él.
Rememorar aquel momento, me hace volver a vivirlo.
Me acerqué, lo acaricié, y no dejaba de temblar. Entré en el ropero sin temor y quedamos en la oscuridad. Seguía petrificado. Aterrado. Acaricié sus tentáculos, con suavidad, como él lo hacía conmigo cuando me molestaba. Continuaba con miedo en sus ojos. Le demostré más confianza. Extendí sus tentáculos sobre mi pecho casi plano. Y mientras el ejercicio de la confianza proseguía, noto que no mi actitud no ha servido para progresar mucho. El monstruo seguía aferrado a la pared, y algo en esa actitud de temor me hizo humedecer. Estrujé mi cuerpo junto al suyo, comenzó a sacudirse, inquieto. Pero no lo solté, sino que exploré todo su ser en busca de su temor más profundo. Pero, como no lo encontré, me lo cojí.
Tomo esos tentáculos que sólo servían para acariciar los introduje dentro mío. Algo que era dolor y excitación a la vez me obligó a entrecerrar los ojos. Cuando los volvía a abrir, el monstruo se sacudía violentamente, disgustado, intentando salirse. Pero no pudo. Estaba a mi merced, y yo elegí quedarme con él… al menos por un rato. No le gustaba. Pude notarlo. Pero no me importaba. ¿O sí? Golpeé su cabeza con la palma de mi mano.
-¿No me asustabas sin motivos? ¿No tengo derecho a hacer lo que quiera yo también?

Quedó petrificado y sucio y jamás me sentí tan molesta ni avergonzado. Salí del ropero, me vestí. Repitiendo la escena anterior una y otra vez en mi mente.
En el recuerdo, sentía los sacudones del monstruo, pero no aquellas emociones con las que tanto tiempo me había atormentado.
Decidí continuar con el experimento.
Lo violé una docena de veces a la semana durante algo más de un mes.
No dio resultados.
Iba incrementándose mi rabia y mi rencor con el tiempo y con la imagen cada vez más distante del monstruo. ¿Dónde estaba el miedo?
Decidí utilizar prácticas menos ortodoxas.
Comencé golpeándolo dentro del ropero, con la hebilla de un cinto. Menos de una semana después aumenté con cadenas y aceros calientes. Hasta conseguí una picana robada a mi abuelo.
Durante semanas, torturé al monstruo, cada vez de manera más humillante y sádica; a veces me orinaba encima de él, o pisoteaba sus apéndices hasta volverlos una masa gelatinosa y hedionda. Su fosforescencia desapareció un día que se desmayó mientras lo picaneaba, mientras un espeso humo manaba de sus tejidos chamuscados…
Casualmente, el mismo día en que la policía allanó mi casa por los misteriosos gritos que los vecinos venían escuchando. Estaba tan absorto en ver sufrir al monstruo que no había oído sus gritos continuos, probablemente desde que le amputé sus primeros tentáculos.
Y acá estoy ahora, esperando que el asunto se aclare y pueda volver a casa de una buena vez. Soy inimputable. No maté a ningún ser humano, ni mucho menos a un animal. Era una aberración solamente, y ya pagó la deuda con su vida. Si me salen con que era una especie

en extinción y por eso quieren encerrarme, entonces, creo que tendré que darles la razón pero tengo entendido que sólo pueden devolverme a mis padres, ¿verdad?

LEJOS DE LA CALIDEZ DEL CLAVICÉMBALO

Dicen que era una joven muy hermosa.
Dicen (en realidad no sabemos quienes, pero gente que habla nunca falta) que su belleza sólo era superada por su temperamento.
De carácter fuerte, indomable, como la naturaleza misma, expuesta en su esplendor.
Que vivía sola con su padre es otro dato cuya fuente no podemos rastrear. Sin embargo, las certezas más de una vez suelen fluctuar en el ámbito de las leyendas locales.
A lo mejor, vivía con su madre.
Lo que sí sabemos es el recelo con que era protegida. Quizás persiguiendo la oportunidad de vincularla con una familia acomodada de la región. Tal vez para cuidarla de los hombres que se dedicaban a la caza y a la embriaguez.
En todo caso, su alegría más intensa consistía en recorrer los campos que circundaban su hogar. Gustaba de perderse entre el follaje, presenciar los actos de la naturaleza y entablar esporádicos encuentros con la flora y la fauna de la región.
Pese al posterior regaño, pese a los castigos corporales infringidos tras sus correrías, no desistía de ese placer que sólo le brindaba la comunión con la naturaleza.
Desgraciadamente, la naturaleza de los hombres no suele ser tan permisiva con la naturaleza en sí.

Durante una de aquellas excursiones, que se prolongó más de lo deseado, tuvo la mala fortuna de cruzarse con una de esas bestias de la que tan en vano habían intentado protegerla.
Primero, captó su atención un quejido en las cercanías. Al acercarse al sonido, encontró a un joven tendido en el suelo, cubierto de sangre. El joven se movía con lentitud, extendiendo su mano al cielo, con un rictus agónico en su rostro. La muchacha, movida tanto por la piedad como por la curiosidad, se detuvo a su lado sin saber qué hacer.
-Ayuda… -Resoplaba lentamente el joven en el suelo.
Ella se puso de rodillas, con una mano posada en la frente del herido intentó calmarlo. Cerró sus ojos, intentando decidir qué hacer en una situación tan novedosa como aquella.
Mirando alrededor en busca de alguna idea, sus ojos chocaron con el cadáver de ciervo que reposaba a unos metros. Y en cuanto asoció la idea de que los ciervos no son animales que ataquen al hombre con el herido que tenía frente a sí, ya era demasiado tarde.
El joven tomó la mano de la muchacha con fuerza, aprisionándola. Y a medida que se iba incorporando de su postura en el suelo, una sonrisa de chacal se dibujó en el rostro de aquel que se fingía herido.
La muchacha se retorció como un ave, como un pez, caído en la trampa. Y como toda trampa humana, ésta era una de la que no se podía escapar con facilidad.
El joven rasgó sus vestiduras, con la violencia propia de los predadores. Saboreó la inmaculada piel entre sus manos, lentamente, con cada uno de sus sentidos.
La muchacha forcejeó. Enfurecido, el joven estampó su codo contra el rostro de su víctima. Una cascada de sangre descendió desde su rostro hasta la hierba. Sin poder liberarse de la furia masculina sobre su cuerpo, sólo consiguió llorar.

Lloró de estupor, de impotencia, de rabia inexpresable, mientras sentía descender sobre sí el cuerpo de su captor, una y otra vez.
Y con cada lágrima, la sonrisa del joven se agrandaba más.
Y en cada estallido inconsciente provocado por el llanto, el depredador volvía a descender su puño sobre el rostro de la joven, ordenándole:
-¡CALLATE!
La joven, entonces, irrumpía en frases repetitivas e inconexas.
-¿Por qué?... ¿Por qué?
La única respuesta, una carcajada mezclada con resoplidos de extrema abyección.
La joven cerraba sus ojos, apretaba sus dientes, inconscientemente se llevaba una mano a su rostro dolorido e inútilmente suplicaba piedad.
Inútilmente.
Sentía todo su ser desfallecer bajo el peso de la fiera. Su respiración agitada se unía a la de su captor en el paroxismo.
Finalmente, el joven se puso de pie. Acomodó sus ropas y, en un acto de absoluta desidia, buscó entre sus ropas una afiladísima navaja. La deslizó sobre la garganta de su víctima, con la habilidad que tantos años de sacrificar criaturas le había otorgado.
La joven abrió sus ojos por última vez, petrificado el momento del sufrimiento en sus retinas. El monstruo se alejó lentamente hasta el ciervo que había capturado unas horas antes y, jalando una cuerda que había atado fuertemente a las astas, arrastró lo que más tarde alegraría el festín de su comunidad.
El cuerpo de la muchacha quedó allí, tendido entre la hierba y la maleza. Quizás luego la aprovechó alguna otra bestia carroñera. A lo mejor la naturaleza le brindó su propio sepulcro de hongos y bacterias. Podría recurrir a la poesía y decir que transformó en ave o

mamífero. O que por intervención de una divinidad inexistente de su cadáver surgió una flor, o un árbol, único en toda la región.
Pero no es esta la leyenda que se cuenta por aquí, sino la del cazador herido que trasmuta en alimaña. Eso basta para despertar temores y acallar la curiosidad de ciertas jóvenes que desean internarse en zonas despobladas.
Dicen que era una joven muy hermosa.
Dicen, porque gente que refiere este tipo de advertencias nunca falta.

LOS CRÍMENES DE LA RÛE ESTEVA BERGA
La historia que me contó anoche Vanina es de lo más escandaloso, delicioso e interesante para gente como yo. Y la gente como yo, no tiene problemas en repetirlo.
Primeramente, vale decir que la mina es de plata, pero que su comportamiento determina una edad que no la representa. Una vieja que se hace la pendeja.
En fin, los hechos.
Me dijo que se le habían muerto dos amigas hacía poco, en condiciones…
-…extrañísimas- Frunciendo el rostro.
-¿Qué les pasó?
- Terrible… Terrible. –Se tapa la boca con una mano y permanece mirando la pared, evocativa. Aunque a simple vista parecería estar contemplando una pintura.
Y dubitativamente, y entre el pudor, me cuenta que ambas fueron encontradas ahogadas con semen.
-¿Con leche?- Le pregunto.
Su rostro se contrae en una sonrisa. Asiente con la cabeza y vuelve a cubrirse la boca con una mano.
-La policía investiga pero no sabe nada… No tienen idea.

-¿Y cómo es que las ahogaron con leche? –Pregunté, en postura de detective. -¿Las violaron?
-Por favor… -Me dijo. –No, no había señales de violación. Simplemente se la deben haber estado chupando al tipo… -Y de repente se llevó una mano a la boca. Había hablado de más.
Por supuesto, estaba más que al tanto del asunto.
Vanina miró a un lado y al otro, y después habló:
-Bueno, estas dos minas se habían divorciado hacía poco. Las dos, mujeres de chabones de guita… -Dejó escapar una carcajada. –No te voy a decir quiénes son.
«Bueno, el tema es que se mudaron al mismo departamento… ¿Para qué? La gente anda diciendo ahora ¡son lesbianas!... Cosas de por acá. Pero nada que ver. Una o dos veces a la semana viajan a Buenos Aires. A pasarla bien. Me han invitado un par de veces. Te aseguro, nada fuera de lo normal.
«Pero en el último viaje trajeron a alguien. Y no te puedo explicar lo extraño que fue eso.
Tomó aire un segundo, luego prosiguió:
-No sé cuál de las dos tenía un conocido que laburaba con los de Inmigraciones. Seguramente un conocido reciente. El tema es que, tras una fiesta que se extendió hasta el día siguiente, hicieron un trato con aquel conocido. Les dijo que había unos tipos muy particulares, no sé si me entendés, que a ella les gustaría conocer…
«Claro que dijeron que sí. La curiosidad mató al gato, y ya ves lo que pasó.
«El tipo las llevó hasta el edificio donde trabajaba, asegurándoles todo el viaje que lo que verían sería algo de otro mundo. Y era verdad.
«Volvieron de Buenos Aires con Ronaldinho en el asiento trasero del auto. Un inmigrante ilegal que bautizó así el tipo que les hizo el trato.

«Claro que Ronaldinho no se llamaba así, no sé cómo se llamaba… Lo vi sólo una vez, ni bien lo trajeron. ¡Y debo haber sido una de las únicas!
«Era un africano grandote, inmenso. ¡Unos músculos! Cuando lo vi tenía el torso descubierto, y, te juro, era todo músculos. Llevaba una especie de vestido de color azul, grandote también. Enseguida, me explicaron el resto.
«Ronaldinho venía escondido en un barco que había parado en África. Pero no sólo eso, les habían contado que Ronaldinho era un caso especial por ser originario de la tribu de los Bubal, en la frontera entre Kenia y Somalia. Me preguntaron si sabía cuál era la característica especial de los miembros de esta tribu. Les dije que jamás había oído algo respecto a ninguna tribu. Ambas se rieron, con la risa de locas que tenían ambas. Se arrimaron ambas a Ronaldinho y, con suavidad, lo despojaron de sus vestiduras. Lo que vi me dejó sin palabras.
«Sus testículos colgaban casi hasta tocar el suelo. Era una inmensa bolsa de carne inflada, como una colmena rosada. Y me quedé callada y ellas se rieron un montón. Y la cara de Ronaldinho no la pude ver porque no podía apartar mis ojos de su entrepierna.
«El caso es que, me explicaron, la tribu de Ronaldinho tiene como costumbre alimentarse con el flujo de las vacas… ¿Sabías eso? Un asco. Y por tanta exposición a las vacas, terminan exponiéndose a sus hormonas. Por eso, me explicaron, es el motivo por el cual le crecen tanto los testículos.
«Les pregunté para qué lo habían traído. Siempre pensé que les importaba más el tamaño de otra parte… Ellas se rieron y me dijeron que lo hicieron porque podían, o sea, por capricho.
«Claro que lo trajeron como juguete sexual. En todo el tiempo que estuve allí, ni una palabra intercambiaron con el pobre. Lo trataban

como a un perrito. Por eso, la verdad, es que me parece horrible lo que les pasó, pero justo. La gente horrible tiene muertes horribles, ¿no?
«Seguramente le estaban practicando sexo oral, en simultáneo, sin calcular los riesgos. Digo, hasta yo, que soy una hueca, me doy cuenta de lo que puede llegar a pasar. Te juro, sus testículos eran enormes, inmensos. Te diría como una pelota de básquet, como la que usa Julián.
«Así que imaginate…
-No hay mucho para imaginar. Se la estaban chupando, les acabó un montón y las ahogó, ¿cierto?
-¡Bravo! ¡Sos mejor que la policía! –Me felicitó Vanina, ambiguamente irónica.
-Bueno, qué bueno que me cuentes esto. Es un buen material para un cuento. –Le digo con una sonrisa.
-¿Qué cuento? –Vanina me mira, ofendida. –Esto no es ningún cuento, es la pura verdad. Y si te lo conté es porque quiero que hagas algo.
Esperé. No tardó en hablar.
-Quiero que encuentres a Ronaldinho.
-¿Cómo? ¿Para qué?
-Quiero que la policía lo detenga y tenga un juicio justo. Es mejor así antes que andar a la deriva por acá, ¿no te parece?
-Pero qué certeza tenés de que sigue acá. A lo mejor se volvió a Buenos Aires. O, capaz, se subió a otro barco. Había un arenero por acá, la semana pasada…
-Por favor, basta de bromas. –Me cortó seriamente. –Me gustaría que si lo ves me avises… Y si no tenés nada para hacer, buscalo, yo te doy algo de plata por la información. Vos siempre andás en la calle y terminás conociendo gente de este estilo…

No entendí lo que dijo. ¿Estaba siendo irónica? ¿Condescendiente? Pero bueno, a mí se me había terminado el vaso y no tenía una moneda. Podría haber jugado al detective un rato más, y aprovechar la generosidad de Vanina para tomar otra cerveza.
Pero estaba bastante borracho. Y dudaba de poder llegar a tocar sus pechos inmensos aquella noche. Así que me despedí diciéndole que le avisaría si llegaba a tener noticias del africano.
Ni bien puse un pie en la calle, empecé a vomitar.
Pero eso no es tan escandaloso, delicioso ni interesante.

LA VIDA SEXUAL DE LOS GATOS

¿Habéis notado cuando nos mira soñoliento?
Parece que nos dice: la vida es sucesión
de ritmos sexuales. Sexo tiene la luz,
sexo tiene la estrella, sexo tiene la flor.
Y mira derramando su alma verde en la sombra.

FEDERICO GARCÍA LORCA (Canción novísima de los gatos)

El gato doméstico es un mamífero carnívoro de la familia Felidae. Se encuentra en convivencia cercana al humano desde hace unos 9500 años.
Los antiguos romanos los dividían en catus, gatos salvajes, y felis, gatos domésticos.
Hay decenas de razas, algunas sin pelo o sin cola, como resultado de mutaciones genéticas. En los ‘60 la criadora Jean Mill comenzó un

programa de cría cruzando gatos domésticos con un ejemplar hembra de Prionailurus Bengalesis, obteniendo tras diversos cruces la raza de gato bengalí.
La sexualidad de los gatos se caracteriza por ser muy fuerte y acentuada por la frecuencia de los períodos de celo en las hembras.
La gata presenta varios estros a lo largo del año, que suelen durar de 4 a 7 días. En el estro, las gatas maúllan más frecuentemente y varios gatos pueden luchar por una hembra en celo, el vencedor, se gana el derecho a copular. Aunque la hembra al principio es reacia a la cópula, acaba aceptando al macho, que se acerca a la hembra, la que intentará resistirse por todos los medios a la cópula. Si el macho es hábil, conseguirá morderla por la parte posterior del cuello, inmovilizándola. La penetración es algo dolorosa, ya que el pene del gato, presenta unas puntas que frotan la vagina, desencadenando una reacción natural que ocasiona la ovulación…
Pero a mí lo que más me interesa ahora es contarles la historia de mi gata, Nina.
La primera vez que la vi, maullaba dentro de una caja de cartón.
La traje a casa, la alimenté, no tardó en entablar relación con los pequineses de mi tía.
Y creció. En nuestro ambiente seguro.
Y un día volvió a maullar.
En celo. Eso fue lo que me dijo mi tía. Y así está ahora. Y me molesta.
El primer día que la escuché me asusté. Escucharla ronronear de una manera tan salvaje en la oscuridad, me desvelaba.
Al segundo, me acostumbré. La veía entrar zigzagueante en la penumbra de mi cuarto y ronronearme al borde de la cama.
Se me ocurrían cosas.
Castrarla, por ejemplo.

Pero como estábamos tan solos…
La subí sobre mí suavemente, sintiendo su sedoso pelaje. La acomodé sobre mi pecho y la acaricié mirando fijamente sus ojos, cautivantes, mientras su ronroneo se suavizaba.
Acariciando su pelaje, humedecí un meñique y comencé a acariciar también su tierna y estrecha cavidad.
Humedecí mi meñique una vez más, y los ronroneos se volvieron más acompasados.
Sus uñas se clavaron en mi pecho en el preciso instante en que mi dedo la penetró.
Su ronroneo se volvió un chillido.
Salvaje.
De dolor.
La apreté contra mi pecho. Continué acariciando su pelaje, mis ojos clavados en los suyos, cautivantes.
Sacudí mi dedo en su interior repetidas veces, y cada vez que volvía a entrar sentía todo su cuerpo sedoso estremecerse.
De repente, tenía una terrible erección.
Pero no. Lo pensé. Pero no.
Retiré suavemente a Nina y la volví a acomodar al costado de la cama. Ronroneó un poco más, se frotó un poco contra el borde la cama y luego volvió a cruzar la puerta.
Y no pude evitarlo, me masturbé.
Los días siguientes, verla, me produce incomodidad. Intento no quedar solo con ella en el mismo cuarto.
Sigue ronroneando, y mi tía dice que se le pasará en tres o cuatro días.
No veo la hora de que pase.

EN PRIMERA CLASE

Mientras mi mano izquierda escribía, mi derecha comenzó a conspirar. Se había llenado de celos como un caserón abandonado se llena de telarañas y vagabundos que se masturban cuando no tienen paco.

El meñique y el pulgar compartían una cerveza alemana y el primero estaba tan borracho que juntó coraje y arengó a sus compañeros. *Tenemos que eliminar la mano izquierda, que nos oprime como una pinza orgánica y nos condena al olvido si queremos crecer*. El anular, no muy convencido con la declaración, preguntó al dedo si no estaba borracho. *Claro que no*, mintió cínicamente el bastardo meñique, *el alcohol es uno de los peores vicios de nuestra sociedad*.

Una ovación de aplausos de sus compañeros envolvió al dedo. El pulgar fue inmediatamente ascendido a Comandante en Jefe mientras el meñique se autodeclaraba Sumo Pontífice de la mano derecha y bautizaba a los demás con unas gotas de leche cortada que salen del dorso de mi mano.

Lo primero que hicieron fue fundar su partido corporal socialista y lograron afinidad rápidamente con mi pierna derecha y los dedos del pie. Al parecer más de un sindicato deseaba independizarse.

Poco a poco fui perdiendo el control de mi mano y los dedos hicieron y deshicieron a su antojo su reciente imperio.

Los pelos les resultaron desagradables porque consideraban que el mono es una especie que debe ser extinta lo más eficaz y dolorosamente posible. Los arrancaron de raíz de su territorio y los llevaron a mi antebrazo donde abrieron un campo de concentración.

El Comandante en Jefe mandó al dedo mayor a torturarlos bajo el pretexto de experimentación y él accedió sonriente. El dedo mayor no era muy inteligente, pero era terrible hijo de puta. Agarró algunos pelos y los quemó con un soplete hasta que se difuminaron en el aire mientras a obligaba a sus compañeros a que lo viesen. A otros pelos los quebró una y otra vez hasta que el mismo dolor los hizo fallecer. No faltaron actos de sodomía que regocijaron al mayor mientras le chorreaba baba como el retardado que era. Se emborrachaba y cruzaba el campo de prisioneros insultando a los cautivos, golpeándolos con un látigo de ácido y, si estaba de buen humor, violando un pelo para después matarlo de un tiro y violarlo de nuevo.

Comenzó a escribir un diario donde anotaba todas sus depravaciones y planificaba las desviaciones sexuales que iba a cometer al día siguiente.

El anular, el diplomático, se enteró de las aberraciones que el mayor cometía y elevó un informe al pulgar. El comandante hizo una bola de papel con el informe y se lo metió de lleno en el culo al diplomático. Ríos de sangre bordearon sus extremidades inferiores y se puso a llorar hasta mearse encima. El Comandante en Jefe se cagó de risa y llamó al Sumo Pontífice para que lo viese.

El meñique también se cagó de risa del anular a la vez que lo señalaba y le tiraba piedras. El Comandante condenó al anular a pagar un multa de setenta centavos de austral o a sufrir las consecuencias de su desacato. Como los dedos no tienen bolsillos donde poner monedas era obvio que el anular no tenía un peso, así que se dispuso a soportar su castigo.

Lo condenaron a comer cien toneladas de pijas de negro africano en media hora, si vomitaba lo torturaban y lo mataban. Si llegaba masticar se lo cortaban.

Le dieron un tenedor y apresuradamente iba pinchando los inmensos falos oscuros e hincaba sus dientes en la textura gomosa. Era como comer chicle con gusto a hombre. Milagrosamente el anular se comió gustoso todas las pijas en menos del tiempo estipulado y hasta pudo ir a desecharlas analmente en el baño.

El índice, entonces, señaló que la homosexualidad era un crimen y una aberración. El Sumo Pontífice estuvo de acuerdo, pero no dijo por qué.

El anular, que se había comido tantas pijas fue declarado de inmediato Enemigo Público Número Uno, por ser criminal y puto.

El anular no tuvo tiempo para esquivar a sus iguales. Tras ser torturado con brasas ardientes lo arrancaron de cuajo del resto de mi mano.

Cosieron el espacio sanguinolento con agujas de tejer y lana, previa desinfección con vinagre.

Yo vi al pobre anular, agonizante, en su destierro. Estaba todo lastimado y rojo en el piso de tierra de casa, lleno de mugre y escupitajos de los otros dedos. Era una larga llaga purulenta y las moscas comenzaron a revolotearlo. Me apiadé de él y lo envolví en un papel de diario con sumo cuidado. Deposité sus restos en el cajón de mi mesita de luz y lo lloré toda la madrugada. Después escuché la orgía que se desató en mi mano derecha, mis dedos estaban felices con su carnicería. Hijos de puta.

La fiesta duró hasta bien entrada la mañana y recién entonces me pude dormir.

*

Cuando desperté, el imperio de mi mano derecha se había extendido hasta mi hombro. Mi codo servía de alojamiento al campo

de concentración más grande de la historia, donde día y noche los vellos eran torturados sin piedad por el dedo mayor. Los pocos que consiguieron escapar se movieron hasta mis genitales, aterrados y sin consuelo. Sus lágrimas hicieron una mancha en mi pantalón que la puta con la que estaba durmiendo se encargó de señalar entonces para luego desternillarse de risa como una imbécil.

Quise abofetearla, pero mi mano izquierda estaba muy ocupada garrapateando letras en una hoja. La mano derecha lo notó así que tomó un cuchillo oxidado y le abrió el pecho de un tajo. Ella gritó pero ya era tarde, la mano derecha penetró la herida con lascivia una y otra vez, llenándose de furia con cada embestida, eyacularon brotes de sangre.

La mano derecha se retiró cubierta de sangre y líquido seminal y utilizando sus uñas como cascos, los dedos comenzaron a desgarrarle el rostro muerto y rígido.

Arrancaron una de sus mejillas de cuajo y la metieron en mi boca.

Atónito, no hice más que mascar la carne humana, la cual para ser de una puta no era desagradable.

Los dedos volvieron a tomar el cuchillo y cortaron las orejas y la nariz de la mujerzuela. Llevaron el botín chorreante de sangre a los pies del sumo pontífice. Allí fueron consagradas a otro dios inventado y el meñique las entregó a los otros dedos, claro que de manera simbólica. Usaron una copa con vino agrio y pestilencias que me provocó náuseas.

Me desmayé durante la sacra y violenta ceremonia, pero nadie prestó atención. El canibalismo no les bastó y profanaron la tumba del anular. Con cinta aisladora colocaron el cadáver putrefacto en el lugar que había ocupado otrora y lo ensuciaron con sus propios excrementos, a manera de burla.

En éxtasis festivo el mayor le dio un mordiscón al muerto y comentó a sus allegados lo delicioso que estaba. El índice lo corroboró para que luego el Comandante y el Sumo Pontífice lo mordisquearan hasta saciarse como la piara cruel de cerdos ciegos que eran.

Defecaron al anular junto a la cinta aislante y con el excremento edificaron un monumento a las perversiones sobre mis nudillos con una carita sonriente. El mayor volvió al campo de concentración a saciar su insaciable sed de aberraciones, orinando una y otra vez sobre los pelos mientras les obligaba a abrir la boca con un par de tenazas robadas. El resto de los dedos concordaron en declarar feriado nacional para el día siguiente, y se fueron a dormir.

Al regresar del desmayo la escena roja me sorprendió. Todo estaba cubierto por sangre y deshechos. A mi lado estaba aún el cadáver de la puta barata que había alquilado. Me cambié de ropa y huí antes de que llegase la policía.

Compré un pasaje al Amazonas.

BUENAFORTUNA

La fuente de nuestros actos reside en una propensión inconsciente a considerarnos el centro, la razón y el resultado del tiempo. Nuestros reflejos y nuestro orgullo transforman en planeta la parcela de carne y de conciencia que somos.

E.M. Cioran

Noche oscura. Zona de montañas.
La luz de unos faros cortó las sombras, avanzaban por un trecho de la ruta, lleno de curvas.
El hombre al volante iba nervioso. La expresión fija en la ruta, sus manos apretando el volante.
A su lado, en el asiento, un maletín oscuro.
Lo observó un segundo y enseguida se aflojó la corbata, nervioso.
Volvió su vista hacia el camino.
Luego, una vez más, hacia el maletín.
Creyó oír un extraño sonido saliendo de su interior. Como un rasguido.
Sin saber exactamente qué podía ser, lo abrió.
Pero no hubo tiempo de explorar el interior. Unas luces de frente, le cegaron la mirada.
Luces inmensas. Acercándose con velocidad.
El hombre gritó. Dio un volantazo.
El auto atravesó el vallado de la ruta y salió despedido. Directo a las sombras de la noche.

*

El vehículo dio un giro completo. Sus ruedas permanecían fijas, sus luces, encendidas.
Dos figuras de pie, al costado de la ruta, lo observaban.
Sin saber qué hacer.
El más viejo tomó la iniciativa, avanzando hacia el descampado donde descansaba el auto, solo con su linterna. Su compañero lo esperó, dubitativo, pero enseguida lo acompañó a la espesura del terreno.

Ambos se detuvieron ante el vehículo.
El conductor tenía su cuerpo atrapado en el amasijo de metales. Su rostro denotaba pánico, manchado en rojo desde la mitad, suplicaba auxilio.
El más viejo exploró alrededor con su linterna, tratando de tener algún dato acerca del conductor.
Su linterna no tardó en iluminar un maletín. Se acercó para ver el nombre. No pudo distinguir bien lo escrito. Notó que el maletín estaba semiabierto. Y no pudo contener su curiosidad.
Miró dentro, asombrado. Y una sonrisa se dibujó en su rostro.
El maletín estaba lleno de fajos de billetes verdes con tres cifras impresas.
No lo pensó mucho más. Cerró el maletín y se alejó por el mismo lugar por el cual había venido.
Su joven colega le dirigió una mirada asombrada, ¿acaso no deberían ayudar a aquel hombre?
Pero finalmente lo siguió.
No le interesaban las lamentaciones del conductor.
Se subieron a una vieja Ford 100 color rojo y desaparecieron en las sombras del camino.
Unos segundos después, el conductor expiró.

*

El más viejo le dijo al joven:
“Mantendremos esto en secreto un tiempo. Lo enterraremos y, en cuanto los periódicos olviden el hecho, nos lo repartiremos en partes iguales”.
Aturdido, el joven asintió con la cabeza. Sentía una extraña culpa a raíz de su accionar.

Tomaron un desvío, una ruta de tierra. Se detuvieron pocos kilómetros más adelante, frente a un cartel que decía PROPIEDAD PRIVADA. NO PASAR.
Con una pala que tenía en la caja de la camioneta, el viejo indicó el lugar y el otro comenzó a cavar.
Una vez estuvo hecho, le pidió el maletín para enterrarlo. Pero el viejo se arrodilló ante el pozo y lo acomodó él mismo, no quería que el otro hiciese las cosas mal.
El joven se dijo que quien hacía las cosas mal era el viejo. Podía ver la codicia desprenderse de sus ojos desde el momento mismo en que había hallado aquel maletín. Sin lugar a dudas no lo repartiría nunca, vendría al día siguiente y se lo llevaría a primera hora.
El joven se dijo que debía matarlo.
Pesada, la pala cayó sobre la nuca del viejo. Quedó tieso al instante. Su cuerpo cayó torpemente sobre el maletín.
El joven miró el cadáver un segundo. Lo había hecho. Era lo justo.
Empujó el cadáver y tomó el maletín. Se subió a la camioneta y retomó la ruta.
Iría al norte.
La oscuridad de aquella noche sería su perfecta cómplice.

*

Se detuvo poco antes del amanecer. Estaba exhausto. Necesitaba descansar.
Desde el interior del Motel, el casero lo vio llegar.
Era extraño.
Casi nunca se detenía gente por aquel lugar en aquella temporada.
El joven entró despreocupadamente, maletín en mano.
Pidió un cuarto y una bebida.

Le dieron el cuarto número cinco y una botella de vino.
Pagó con todo lo que tenía en la billetera, su sueldo de un mes.
Ya no tendría que andar preocupándose por eso.
Le entregó el dinero al casero, quien lo observó con expresión turbada.
No le gustaba cómo se veían las manchas de tierra sobre las manos del recién llegado.
Era extraño.

*

El joven subió las escaleras. No tardó en abrir la puerta del número cinco.
El casero, por su parte, tampoco tardó en comentar a su joven esposa aquello que había visto.
Tenía un extraño presentimiento.
"Entonces creo que deberías ir a ver". Le sugirió su mujer, encendiendo un cigarrillo.
Exactamente eso es lo que haría el casero.

*

El número cinco era exactamente tan estéril como cualquier otro cuarto de motel. La cama de dos plazas en el medio y el ventilador rechinante encima.
El joven depositó el maletín sobre la cama. Lo abrió lentamente.
Los fajos de dinero seguían allí.

*

Desde una rendija en el techo, tras el rechinante ventilador, el casero observaba. Su vista pegada al suelo del ático, vio al joven contando una inmensa suma de dinero sobre la cama. Y se veía mucho más dentro del maletín.
El casero ahogó un suspiro, pero no pudo evitar la tos producida por la humedad del ático.
El joven la oyó claramente. Detuvo su cuenta, clavó su vista en el fajo que tenía entre sus manos. Entonces se dio cuenta que lo espiaban.
Sin perder un segundo más, guardó todo el dinero nuevamente en el maletín.
Pensó en la cantidad que había contado. Y aún no lo había contado todo. No podía perder aquello.
Vio la tierra en sus manos, bajo sus uñas inclusive.
Se las enjuagó en la pileta que había a un costado.

*

El casero abandonó el ático y se dirigió a su cuarto. Dio unos pasos, antes, frente a la puerta del número cinco.
El joven lo escuchó atentamente, pegado a la puerta del cuarto.
Escuchaba la respiración del otro lado, los pasos se habían detenido.
Por la rendija de la puerta vio asomarse unas tenazas. Luego el caparazón y finalmente el aguijón.
Un escorpión.
El joven lo miró con sorpresa, luego sonrió.
Los pasos se alejaron del corredor enseguida.
El joven tomó el vaso que le habían dado para el vino y el cartón de NO MOLESTAR que debería haber dejado colgando en la puerta.

Así habría evitado que el casero se molestara en espiarlo y enviarle aquel regalo.
Cubrió al escorpión con el vaso y colocó el cartón debajo. Luego lo levantó y lo dejó al lado de la mesa de luz del motel.
Destapó el vino. Dio unos tragos. Y cerró sus ojos.

*

Abrió los ojos ni bien oscureció.
Estiró sus miembros.
No había notado lo cansado que estaba hasta que despertó, renovado.
Espió al exterior por la ventana. La noche parecía fría una vez más.
Se arregló un poco y se acomodó para proseguir el viaje.
Tomó el maletín.
Dejó el vaso de vino vacío y con la boca hacia arriba, impecable, sobre la mesa de luz del Motel.

*

Escaleras abajo, había una joven mujer haciendo de recepcionista.
El joven le entregó la llave del cuarto, despidiéndose.
La mujer le preguntó, como de pasada, a dónde se dirigía. “Al norte”, contestó el joven.
“Sin rumbo, eh?” Preguntó ella enarcando una ceja.
El joven asintió. “Prefiero andar de noche”, agregó.
La mujer le ofreció un trago antes de partir. No pudo negarse. A pesar de sus nervios, del maletín, del comportamiento extraño del dueño del lugar, del escorpión…
La mujer lo hipnotizaba, con sus ojos verdes posados sobre él, sus labios rojos incitando conversación y su terso cutis moreno.

*

Bebió lo que ella le sirvió.
Ella le guiñó un ojo.
Entonces, sintió cerrarse su garganta.
Se llevó la mano al cuello.
Sentía que se asfixiaba.
La mujer del casero lo miró, asombrada. En realidad, no esperaba resultados como aquellos.
El joven sintió un dolor en el pecho y se llevó la mano, instintivamente.
Luego cayó, de espaldas, sobre el suelo de la entrada.
Inmóvil, la mirada vacua.
La mujer gritó el nombre de su marido.
El casero no tardó en aparecer, con una mueca severa en su rostro arrugado.
Arrastraron el cuerpo al patio trasero. El casero cavó una fosa no demasiado profunda, y echó el cuerpo del joven dentro.

*

Su mujer lo recibió, al regresar, con una copa. El casero la tomó de un trago y le ordenó que le enseñe el maletín.
La mujer se lo mostró.
El casero se lo arrebató de las manos y se dirigió al baño.
Se sentía cansado y sucio.
Se quitó la ropa, abrió la ducha y se metió bajo el agua. La radio sonaba, encendida, a un costado. Su mujer la dejaba allí cuando se

bañaba, y muchas veces se la olvidaba. Debería golpearla cada vez más fuerte hasta que dejara de hacerlo. La pobre idiota.
El agua caliente resbalaba por el cuerpo del casero, relajando sus viejos músculos.
Lentamente, su mujer entró en el baño. En silencio absoluto.
Tomó la radio con ambas manos, enchufada a la pared y sostenida por un cable largo.
Corrió la cortina de baño y su marido la miró, sorprendido.
La radio fue directo al agua, y la corriente se expandió por el interior de la ducha.
El casero apenas alcanzó aferrarse a la cortina de baño.

*

La mujer improvisó un bolso y se largó. El cadáver del casero permaneció en el baño, mojado y rígido.
La mujer tomó el maletín, se subió a su auto y encendió las luces.
Iría al sur.
Avanzaba a toda velocidad por la noche sin luna.
Sintonizó una radio, le dirigió una mirada al maletín.
La luz de sus faros era lo único que cortaban las sombras del camino.
Kilómetros y kilómetros.
Noche oscura. Zona de montañas.
La frecuencia de la radio se pierde. El camino queda en silencio a no ser por la estática que se desprende, molesta.
La mujer apaga la radio con una mueca de disgusto. Continúa avanzando.
Unos cuantos kilómetros más adelante, un sonido captura su atención.

Primero creyó que viene de su auto, alguna falla quizás. No tardó en descubrir que venía del interior del maletín.
Era algo que rascaba el interior.
Se preguntó qué había allí realmente.
El viejo asqueroso que tanto odiaba le había dicho que había una fortuna. Que seguramente aquel joven había robado a algún empresario, o había cobrado algún secuestro, y había conseguido aquel maletín lleno de billetes.
La mujer se dio cuenta que hasta entonces no había revisado el maletín. A lo mejor el viejo la había engañado.
A lo mejor había puesto otra cosa en su lugar.
La mujer abrió el maletín, sin detener la marcha del vehículo. Echaría un rápido vistazo solamente.
Levantó la tapa con una mano, y enseguida se apartó con un salto.
El dinero estaba allí, por cierto.
También un escorpión del tamaño de un puño que saltó sobre ella.
De frente, una luz la cegó repentinamente.
Lanzó un grito. Dio un volantazo.
El auto atravesó el vallado de la ruta y salió despedido. Directo a las sombras de la noche.

*

El auto había quedado con las ruedas hacia arriba.
La mujer permaneció un buen rato intentando salir, agitándose entre el amasijo de metales.
No lo consiguió.
El maletín descansaba, unos pasos más allá y semiabierto. Desde aquella posición podía vislumbrar los billetes.
Sin tan solo pudiese salir.

Se retorcía de un lado hacia a otro, pero era inútil. Sangraba con cada movimiento.
Se detuvo, tratando de pensar.
Cómo salir. Qué hacer entonces.
Y justo en aquel momento notó dos figuras de pie, al costado de la ruta, que la observaban.
Sin saber qué hacer.